

DIOS

EXISTE

y lo he experimentado

DIOS EXISTE

y lo he experimentado

J. V. Giner



Copyright © 2007 Asociación General,
Sociedad Misionera Internacional
de los Adventistas del Séptimo Día,
Movimiento de Reforma
P.O. Box 39487
Downey, CA 90239-0487
EE.UU.

Copyright © 2006 IMS Publishing Association
12631 East Imperial Highway, Bldg. B, Suite 200-202
Santa Fe Springs, CA 90670
EE.UU.

Teléfono (+1) 562-863 7188 / Fax (+1) 562-863 7559
e-Mail: imssdarmgc@yahoo.com
Internet: www.imssdarm.org

Todos los derechos reservados. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte o la totalidad de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado -electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.-, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Impreso en California, EE.UU.
Impreso por IMS Publishing Association
2877 E. Florence Avenue
Huntington Park, CA 90255-5751
EE.UU.

Índice

Introducción	7
De guerrillero a cristiano.....	9
Dios detiene la lava	17
El niño que cayó a la piscina	25
Perdido en la selva	27
Un shock de muerte	47
Los dos sabores de la vida.....	53
Consuelo divino	63
Librado del suicidio	69
Las pistolas que no se dispararon	73
Un libro que me trajo la luz	77
¿Cuál es la verdad?	83
El cuidado de Dios	89
Atrapado por una serpiente	103
La oración abrió los cielos.....	107

DIOS EXISTE...

El anciano misterioso	111
Tomado de la cola de una mula	115
Nos atacaron con piedras	119
Durmiendo en el Señor	139
Librado de la cámara de gas	149

Introducción

El presente libro de experiencias, ha sido recopilado y escrito por José V. Giner, quien cuando ocupaba su cargo de director de colportaje mundial de la Asociación General, tuvo la oportunidad de viajar por muchos países, impartiendo seminarios de colportaje y conociendo a muchos hombres y mujeres cristianos miembros de la Iglesia del Señor, que habían hecho experiencias extraordinarias con Dios.

El autor había escuchado muchas veces la pregunta: «¿Por qué Dios no hace hoy los mismos milagros, o por qué no se manifiesta de la misma manera que en la época del Antiguo y Nuevo Testamento?» e inquietado por esta pregunta, comenzó a buscar esas manifestaciones,

DIOS EXISTE...

que si bien es cierto que se dieron con mayor intensidad y claridad en la antigüedad, no es menos cierto que actualmente Dios sigue manifestándose de forma extraordinaria en muchas personas y de muchas maneras como se comprueba en esta selección de experiencias.

La mayoría de las experiencias han sido escritas después de haber oído a los protagonistas en vivo, y esto es un gran privilegio. Otras han sido incluidas por haberlas escuchado a alguien que conocía al que las vivió. Tanto unas como otras, se han escrito para proporcionar a los lectores:

- a) evidencias de la existencia de nuestro Gran Dios, que ha obrado, obra y obrará en la vida de los humanos que le buscan y sirven, y
- b) demostraciones fehacientes de su gran amor hacia sus hijos.

Que Dios bendiga al lector ávido en su búsqueda del Infinito.

El autor

De guerrillero a cristiano

Allá por el año 1973 me encontraba trabajando como ayudante misionero junto a mi compañero a quien recuerdo con cariño, pero lamento que hoy ya no se encuentre en la iglesia. Realizamos juntos una visita a uno de los campos de la Unión Gran Colombiana, en Colombia, situado dentro de la zona guerrillera. Era un lugar muy adentrado en la selva y para llegar al mismo tuvimos que viajar aproximadamente unas 16 horas en flota (autobús), para proseguir posteriormente navegando con una canoa a motor. Hasta aquí no habíamos notado el calor, el rigor del clima tropical todavía no había posado su mano sobre nosotros. El

DIOS EXISTE...

río Caquetá, muy caudaloso e infectado de insectos molestos y peligrosos, nos ofrecía al uno y al otro lado, no obstante, un hermoso paisaje de exuberante belleza selvática.

Por fin llegamos al lugar donde debía proseguir el viaje a pie, descendimos de la canoa y el agua nos cubría hasta el cuello; y así fuimos caminando con los brazos levantados para proteger nuestras pertenencias y tratando de encontrar un lugar seco en la selva. Gracias a Dios llegamos a un pequeño espacio seco y alto donde decidimos pasar la noche.

La selva, especialmente por la noche, es agresiva y hostil, así es que oramos al Señor para que nos protegiera de serpientes y otras clases de animales peligrosos. Sentados y cubiertos con plásticos, en medio de una lluvia torrencial, que por esa época es habitual, se fue deslizando la noche muy lentamente, hasta que un tímido amanecer nos iluminó el rostro y también el corazón.

Emprendimos nuevamente la marcha y tuvimos que atravesar un río a nado para seguir después caminando.

En las horas de la tarde, castigados por un sol de justicia, nos sentamos a la orilla del camino para refrigerar nuestros cuerpos cansados con unas frutas que llevábamos en nuestras mo-

chilas. De repente, nos rodearon una gente que nos apuntaba con sus armas y que vestían uniforme militar.

Eran aproximadamente unos veinte, y todos ellos jóvenes cuyas edades oscilaban entre los 18 y 25 años. Sin rodeo alguno, y con un tono seco, nos preguntaron de dónde veníamos y quiénes éramos y hacia dónde nos dirigíamos.

Les dijimos nuestros nombres, que éramos misioneros y que nos dirigíamos a visitar a unos hermanos. También les brindamos algunas frutas y ellos dispusieron a marcharse; pero inmediatamente les llamé la atención diciéndoles que admirábamos su ideal de justicia y de bien social; pero que el sistema que ellos utilizaban estaba en contra de los principios del Evangelio.

«¿Qué es lo que queda -seguí diciéndoles- después de haber perdido la vida en un enfrentamiento armado -que por cierto eran muy habituales en aquel momento-? Si ustedes pierden la vida disparando a los demás ¿cuál era el la recompensa que iban a obtener?»

Ellos respondieron que si tal cosa se daba tendrían el orgullo de haber dado su vida por una causa justa. Luego les dije que en el sentido espiritual nosotros también éramos guerrilleros, que muchas veces y de muchas maneras

DIOS EXISTE...

también estábamos exponiendo nuestras vidas, pero que al final de nuestras labores, éstas nos van a reportar una compensación aun más allá de la muerte; que no sólo teníamos el privilegio de luchar por una causa justa, sino que teníamos la promesa de que Dios tiene un lugar preparado para todos los que en este mundo luchan valientemente contra todas las huestes malignas al lado del gran Capitán, Jesucristo.

Moviendo sus cabezas en sentido negativo unos, otros riendo y otros con rostros meditabundos, decidieron proseguir su viaje con estas últimas palabras: «Proseguiremos adelante con nuestra obra, porque es muy digna y justa.» Y así desaparecieron en la selva.

Después de un año visité de nuevo el lugar en ocasión de un congreso de la hermandad. Mientras nos saludábamos unos y otros, un joven me abordó y me preguntó si yo le recordaba. Le respondí que no le conocía.

De pronto, con los ojos iluminados y lleno de gozo, me contestó: «Yo estaba entre aquellos guerrilleros que en cierta ocasión salimos a tu encuentro y te detuvimos, junto con tu compañero, apuntándoos con nuestras armas. Las palabras que dijiste en aquel encuentro no me dejaron en paz ni de día ni de noche. Me hicieron pensar en el sentido de mi lucha y llegué a

la conclusión de que estaba exponiendo mi vida por algo que no valía la pena y que lo mejor que podía hacer era tratar de buscar y servir a Dios para tener una esperanza presente y futura en la vida.»

El joven siguió relatándome la experiencia que había vivido después de haber tomado la decisión de abandonar la guerrilla. Su camino había estado hasta esos momentos jalonado de pruebas duras y difíciles de sobrellevar; ya que por un lado, sus antiguos compañeros de armas lo habían declarado como traidor a la causa y lo buscaban para hacer ajusticiarlo, es decir matarlo; y por otro lado el gobierno le perseguía para matarlo también.

Un día se encontró con sus antiguos compañeros, lo que tanto había temido ocurrió. De forma breve e interiormente, hizo una oración al Señor pidiéndole fuerzas para no claudicar de su fe, y se puso en las manos de Dios.

Le hicieron arrodillarse para matarlo; él hizo su última oración al Señor, nuevamente, para poner su vida en sus manos y orando a su vez por sus verdugos y luego, sacando fuerza de su debilidad, les dirigió unas palabras preguntándoles cuál era la maldad que él les había hecho al retirarse del movimiento armado, que sólo había tomado la decisión de servir al Señor y les

DIOS EXISTE...

explicó de su parte que nunca había albergado la intencionalidad de hacerles mal alguno delatándoles a las autoridades. Que lo único que había hecho era dejar las armas porque entendía que la ley del amor estaba por encima de la ley del odio y de la guerra.

No obstante si ellos decidían quitarle la vida él confiaría en el Señor que algún día lo resucitará y le dará la corona de la victoria.

Los guerrilleros, al escuchar al joven, decidieron dejarle marchar sin hacerle ningún daño.

Días más tarde, siendo sábado y hallándose reunido con el resto de la hermandad en la sociedad de jóvenes de la tarde, llegó el ejército, que irrumpiendo en la iglesia dijo su nombre para que se identificara y saliera a fuera. El joven se identificó y lo sacaron al patio de la casa donde estaban reunidos.

El teniente, jefe del grupo de soldados, mandó traer leña y ordenó que la apilaran; entonces lo tomaron a él, le ataron las manos atrás y lo sentaron sobre la leña.

El joven tenía en sus manos la Biblia y la asía con fuerza, mientras elevaba desde el fondo de su corazón oraciones a Dios en busca de socorro y protección. La voz enérgica del teniente heló los corazones de todos los que estaban contemplando la escena: «rocíenlo de gasolina

a él y a la leña y préndale fuego», lo cual fue hecho inmediatamente. Encendieron un fósforo y al aproximarlo a la leña ésta no ardió. Luego trajeron más gasolina y ahora fue el teniente quien tomó el fósforo y quiso encender la leña, pero no pudo conseguirlo.

En esos momentos, el joven, como inspirado por Dios, les dijo a los soldados: «Jamás me podrán hacer daño, pues aunque como ser humano he cometido muchos errores y merezco morir por mis pecados, me he arrepentido delante de Dios y tengo la seguridad que él me ha perdonado y me promete en este libro que tengo entre mis manos atadas, que estará a mi lado y aunque pase por el fuego no permitirá que me haga ningún daño, porque estoy arrepentido y ya no soy un malhechor, ahora soy un hijo de Dios».

Cuando el teniente escuchó esto fijó sus ojos en el joven y su rostro quedó pálido y de inmediato fue abandonando poco a poco el lugar y los demás soldados le siguieron dejando atado al joven sobre la leña.

Los hermanos estaban orando fervientemente en el lugar de reunión y sus oraciones fueron escuchadas. Así fue como libró su vida el Señor y le mostró su amor y misericordia hacia él.

Nunca más le volvieron a buscar para matarle. El joven, mientras me contaba su experien-

DIOS EXISTE...

cia, lloraba lleno de gozo y de agradecimiento a Dios. Me acordé de las palabras de Santiago: «Si Dios es con nosotros ¿quién contra nosotros?»

Esta experiencia hasta hoy está viva en mi mente y me ha ayudado en mi vida cristiana, porque es una evidencia clara de que Dios existe y que interviene puntualmente para ayudar a sus hijos, a aquellos que le sirven en la verdad.

Espero que también para quienes lean esta experiencia les brinde la esperanza y la seguridad de que Dios constantemente está al lado de sus hijos.

*Experiencia vivida por
Jorge Eliecer Torres
Colombia*

Dios detiene la lava

La hermana Aura Rosa Ramírez, nació en Frías (Tolima) Colombia, el año 1926. Se casó a una temprana edad, a los 20 años, en el año 1947.

Su educación fue muy católica, tanto es así que tenía un altar en su casa con diversos santos: San Expedito, San Judas Tadeo y otros, así como imágenes de la Virgen del Carmen.

Ella rezaba novenas y les colocaba velas para obtener sus favores. Un día las veladoras prendieron fuego el altar y el esposo, lleno de indignación, destruyó por completo el altar y los santos.

Cuando la hermana Aura vio lo que había pasado, llegó a pensar que su esposo no tenía perdón de Dios. Esto ocurría allá por el año

DIOS EXISTE...

1948, concretamente un día 9 de abril; ella lo recuerda muy bien porque quedó en su mente la referencia del asesinato que ocurrió ese mismo día, de Jorge Eliezer Gaitán del partido Liberal, candidato a la presidencia de Colombia. La muerte de Gaitán desató la violencia en Colombia, y nunca más se cerró esta herida, hasta el día de hoy.

Volvamos a la historia de Aura. Un hermano carnal le habló de la fe adventista; de la santidad del sábado y del segundo advenimiento de Cristo a esta tierra para llevar a los suyos a las mansiones celestiales. Pero a ella no terminaba creer lo que su hermano le contaba.

Allá por el año 1970 sufrió una diabetes y perdió casi la vista. Su cuerpo estaba hinchado y temió por su vida. El médico que la vio le dijo que sufría siete clases de enfermedades y la verdad es que no encontró solución médica para sus problemas de salud.

Su esposo la llevó a un curandero que le dio un tratamiento con plantas y al mismo tiempo llegó a la ciudad de Armero (Departamento de Tolima) un evangélico que todos los días predicaba y sanaba a los enfermos en la carpa que había montado con sus colaboradores.

Esto atrajo a Aura, que ya se veía sanada por aquel hombre. Acudió a la carpa con esta

esperanza y halló que allí habían decenas de personas, la mayoría enfermas. Aura le prometió al Señor que si se curaba aceptaría el Evangelio, pero el que le había estado presentando su hermano carnal durante tanto tiempo. Y así fue como después de curada se unió a la iglesia Adventista.

El 29 de junio de 1972 bajó a las aguas bautismales en San Pedro. Por el Tolima, durante estas fechas, se celebran unas fiestas que son muy populares. Hay música y bailes en las calles; todo se viste de colorido y la gente se olvida de todos sus problemas durante ocho días, que son los que dura la fiesta.

El esposo de Aura, cuando ella se bautizó, le puso la condición de que a cambio de dejarla ir a los cultos del sábado, ella tenía que llevarle todos los días la comida a la barbería que él tenía y en la que trabajaba.

Era una de las mejores barberías de Armero y mucha gente pasaba por allí para ponerse en las manos del habilidoso esposo. También el sábado, antes de ir al culto debía dejarle la comida al marido.

Ella cumplió fielmente esta labor y su esposo la respetó hasta el día de su muerte que ocurrió en el año 1977. Antes de morir, se puso enfermo y pidió a Aura que el pastor de su iglesia lo

DIOS EXISTE...

ungiera con óleo y orara por él, y fue así como cambió su carácter rudo y aunque no llegó a bautizarse, aceptó a Jesús como su Salvador personal.

En 1984 dos hermanas del Movimiento de Reforma, Imelda Briñez y Diva Romero, llegaron a Armero a colportar. Estas encontraron a la hermana Aura a la cual le presentaron los libros de salud de Carlos Kozel que llevaban para vender.

Después de escuchar el mensaje de Reforma, al cabo de una semana aceptó con gozo en su corazón. Los cultos comenzaron a celebrarse en su casa y así estuvieron hasta que el día 13 de noviembre de 1985 llegó.

Este día marcó la vida de Aura para siempre. En su casa se habían reunido ocho personas para alabar al Señor. El día era un tanto oscuro y la atmósfera estaba impregnada de un olor a gas. Todos pensaron que se trataba de alguna fuga de la bombona (garrafa) de la cocina por lo que Aura puso un trapo mojado sobre ella; aun así el olor persistía. No le dieron mayor importancia.

Después de la puesta del sol, cada uno se fue a su casa y entrada la noche, Aura se quedó sentada estudiando los Testimonios hasta las diez. Había otra hermana con ella ese día,

ésta ya se había acostado. Faltando quince minutos para los doce, Aura notó que alguien le despertaba; era la otra hermana que agitada y nerviosa le decía: «Levántate, levántate, llegó la avalancha.»

La gente en la calle corría de arriba a bajo gritando, llorando, clamando al cielo y otros maldiciendo. Aura se levantó tan rápido como pudo, prendió una vela porque no había luz, los tendidos eléctricos habían caído arrastrados por la lava y la ciudad estaba en tinieblas y prácticamente cubierta por barro, lava y agua.

¿Qué estaba ocurriendo? Se preguntó Aura. La hermana que estaba con ella le dijo: «El volcán Nevado Ruiz ha hecho erupción».

Tomó rápidamente su Biblia, la escritura de la casa que la tenía en el cajón de la mesita de noche, así como su cédula (documento nacional de identidad) y unos 60.000 pesos, que el día anterior por la mañana los había retirado del banco y cancelado su cuenta sin saber por qué; luego entendió que había sido obra de Dios.

Tomó todo esto y salió corriendo con la hermana de la casa. La lava incandescente ya había llegado hasta donde estaban ellas.

Del cielo caía ceniza y arena en sus cabezas. Oía como los autos se chocaban unos contra otros.

DIOS EXISTE...

Se oían gritos y llantos de desesperación. Cerca de ella vio como un vecino al que conocía, perdía la vida.

Algunos yacían en el suelo con las piernas amputadas o quemadas por la lava ardiente. Se dirigían hacia la calle 18 y el barrio estaba literalmente destruido.

Vio como una gasolinera ardía y sacaban muertos de todas partes.

Llegaron en su huida a un lugar donde quedaron rodeados. Los relámpagos de vez en cuando mostraban con su luz edificios caídos, gente corriendo y destrucción por doquier.

Había con ella un pequeño grupo de gente que estaba llena de terror. Aura dijo resueltamente: «Oremos; arrodillémonos y pidámosle al Dios que hizo los cielos y la tierra». Aura recitaba de memoria los salmos 91, 23, 121 y otras porciones de las que se acordaba.

«Señor Jesucristo -siguió orando Aura- tú has dicho en tu Santa Palabra que si clamamos a tí tú responderás. ¡Sálvanos! ¡Detén el lodo porque perecemos!»

La lava estaba ya rodeándoles para cubrirles y de pronto ocurrió el milagro. A unos cuarenta metros de donde ellos estaban, la ingente cantidad de lava, que ya había cubierto prácticamente toda la ciudad de Armero, se detuvo de forma

... y lo he experimentado

inexplicable. Entonces todo el grupo comenzó a cantar himnos llenos de agradecimiento al Señor.

Al siguiente día, al despuntar el sol, la ciudad había desaparecido, sepultada bajo la lava.

Se calcula que murieron unas veinticinco mil personas, sepultadas también bajo la ingente cantidad de lava. Hoy en día sólo hay una cruz grande en aquel lugar y es una llanura llena de matorrales.

Después de este acontecimiento se fue a vivir a otra ciudad. Estuvo cuatro días sin comer hasta que por fin los servicios de rescate la ayudaron a ella y a las demás personas sobrevivientes.

Antes no dijimos que con ella en la casa también había un hermano ancianito que cuando escuchó el ruido que hacía la lava al chocar contra la casa, subió a la terraza y de allí milagrosamente lo rescató un helicóptero.

Esta experiencia quedó vívidamente grabada en la mente de Aura, que hasta el día de hoy, día 23 de febrero del año 2000, fecha en el que se rememora este relato, contado por ella misma al que lo escribe, no deja de agradecer a Dios por salvación tan grande operada aquel día aciago en Armero; pero especialmente por la salvación que conquistó Cristo en el Calvario para todos aquellos que en él creen.

DIOS EXISTE...

Lo que más lamenta es que miles y miles de personas hallaron su sepultura en aquella noche terrible en sus propias casas o en la calle. Dios tenga misericordia de ellas.

*Experiencia vivida por
Aura Rosa
Colombia*

El niño que cayó a la piscina

Ocurrió el 26 de junio de 1988. Me hallaba realizando una visita misionera con mi esposa y mis dos hijos pequeños de dos y cuatro años de edad, a una familia de la provincia de Alicante (España).

Estando para emprender un estudio bíblico, dejamos a los dos niños delante de la casa jugando con otra pequeña, hija de una hermana en la fe, en un lugar libre de peligros. Pero al poco tiempo y en cuestión de minutos, los niños se fueron de allí y llegaron a una piscina grande que había en la parte posterior de la casa. Nosotros pensábamos que estaban en el mismo lugar.

DIOS EXISTE...

De pronto vino la niña que estaba con ellos gritándonos y diciéndome: ¡Tío José! ¡Tío José! ¡Enoc se ha caído a la piscina!

Tan rápido como pude, sin pensarlo ni por un momento, emprendí la carrera con pensamientos que me presagiaban lo peor. No veía donde pisaba, yo sólo corría para ayudar a mi pequeño de dos años.

Cuando llegamos al lugar, el niño estaba empapado y sentado en el borde de la piscina, llorando. Le pregunté a mi hijo mayor que había ocurrido y él me contó con la sinceridad que caracteriza a los pequeños, que su hermanito había caído en el agua y él con su fuerza lo había sacado. ¡Increíble! ¿Cómo puede un niño de cuatro años sacar a su hermanito del agua, pesando casi como él?

Para mi esposa y para mí, así como para las personas que estaban con nosotros, fue una manifestación del poder de Dios, que por otro lado hubiera podido ocurrir una gran desgracia. Cogimos en nuestros brazos a nuestros pequeños y los abrazamos anegados de lágrimas y dando gracias a Dios constantemente.

*Experiencia vivida por
José V. Giner
España*

Perdido en la selva

Salía huyendo de un ambiente de influencias contrarias al deseo de servir al Señor; abandonaba amistades con las cuales había departido la maldad de mis malos caminos.

La querendona y trasnochadora ciudad de Cali fue el escenario de seis años de mi vida, perdidos en derroches y placeres.

Pero en algún momento, Dios quitó la venda mágica que me impedía ver mi triste realidad, esa venda que Satanás pone en los ojos de los incautos para que no vean lo tenebroso y duro que es el camino de los transgresores.

Regresé al hogar paterno del cual había salido envenenado de rebeldía y apostasía; mi padre, ya anciano, me recibió alegre al saberme de nuevo en el camino de la fe.

DIOS EXISTE...

Allí posaba un amigo de mi padre; el cual se enteró de mi decisión firme de servir al Señor y me propuso que le acompañara en la misión de fundar una «escuela de profetas» o algo que le pareciera; donde se prepararan y educaran personas para la obra de la proclamación del evangelio eterno.

Sin pensarlo dos veces, gustoso acepté la propuesta de partir al día siguiente. Este fue el comienzo, según mi padre, de una nueva vida para mí.

Nos despedimos en la estación del autobús que nos llevaría en un largo viaje de veinticuatro horas, a la ciudad de Saravena en el departamento de Arauca que limita con Venezuela.

El viaje fue tedioso y cansador; aún nos quedaba llegar hasta la ribera del río Ele, lo cual hicimos con un Jeep.

El ambiente del calor húmedo y tropical que nos envolvía en el puerto, parecía que nos trasladaba a un nuevo mundo; donde la vida dependía del tráfico fluvial de maderas y productos agrícolas, verificado en pequeñas embarcaciones con motor fuera de borda, llamadas «piraguas».

Además de pequeñas canoas o «curiaras», en las cuales se desplazaban los pescadores que arribaban al puerto para vender el producto su-

dato en las noches. Los estibadores corrían de aquí para allá, llevando tablones a fin de facilitar la carga y descarga de toda aquella mercadería.

Esperando que cargaran la piragua que nos llevaría en un viaje de dos horas río abajo, el calor sofocante no cesaba de hacer sudar nuestros cuerpos.

El conductor de la piragua subió la gasolina para el motor y pronto comenzamos nuestro recorrido peligroso, ya que la navegación por aquel río estaba llena de dificultades.

En algunas partes salían a la superficie troncos afilados, de empalizadas que se formaban cuando el río crecía, amenazando con romper la madera de la quilla de la piragua. De no haber sido por la pericia del conductor que hábilmente los esquivaba, de seguro que hubiésemos naufragado.

En las riberas del río se divisaban las casas de madera de los campesinos, que salían a saludarnos, mientras sus mujeres lavaban ropa en la orilla del río.

En algunas márgenes se podían tocar los barrancos de arcilla amarilla donde las corrientes anteriores habían hecho estragos.

Llegamos sin contratiempos a un lugar llamado «El bajo Cusay» donde habitaban un grupo de hermanos de la iglesia.

DIOS EXISTE...

Allí terminó el viaje con piragua e hicimos nuestros preparativos necesarios para recibir el día del Señor.

Compartimos, durante todo el sábado, el alimento y algunas experiencias de nuestras vidas.

De noche encendimos una fogata a la luz de la luna con actividades muy edificantes, dirigidas por un grupo de hermanos líderes de la iglesia local.

En esta ocasión hice amistad con varios jóvenes, los cuales me pidieron quedarme, pues según ellos, el lugar donde íbamos era muy lóbrego y tiempo atrás había surgido un brote de fiebre amarilla que podía matar a una persona en menos de tres días.

Sin embargo, no lograron convencerme de que dejara en mi empeño de ir a mi destino, ya que le había dado la palabra a mi acompañante y cuando se promete hay que cumplir.

Había que descansar y lo hicimos en una especie de hamaca o «chinchorro», la cual se amarra con cuerdas a los postes de la casa y lleva un mosquitero incorporado.

Muy de mañana, aun antes de salir el sol, tuvimos el culto matutino; desayunamos plátanos cocidos y arroz blanco con arepas de maíz y huevos.

... y lo he experimentado

Para viajar hasta nuestro destino final, tuvimos que fabricarnos una balsa. Con el hacha cortamos un árbol cuya madera tiene la característica de ser muy flotante, llamado «balso», lo cargamos hasta la orilla del río y juntamos diversos troncos con lianas vegetales.

Después de cargar las provisiones, nos despedimos y partimos río abajo controlando la balsa con varas largas.

Navegamos durante todo el día; y ya oscuro, arribamos donde vivía otro hermano en la fe, el cual nos hospedó y dio alimentos.

Al otro día continuamos nuestro viaje en balsa. Cada vez que avanzábamos cambiaba el paisaje; la vegetación era más brumosa y el río se metía en la selva virgen.

Nos introducimos en un trecho que se conoce por el nombre de «Regaderos», donde el río se pierde y todo es agua y selva. Allí se forma como una especie de embalse natural.

Mi acompañante arrimó la balsa a un lugar donde tenía escondida una canoa a la que trasladamos nuestra carga y abandonamos la balsa, para continuar por caminos de agua en medio de la selva.

Remamos por el espacio de cuatro horas hasta que por fin llegamos a nuestro punto de destino.

DIOS EXISTE...

Ya en la orilla, pude ver un espacio abierto en medio de la selva y en el centro una choza con techo de hojas de palma.

El lugar parecía como una gran boca de dragón verde pronto a engullirnos. Por estar en medio de la selva, era muy frío de noche y el chinchorro o hamaca, amanecía húmedo.

De noche los ruidos de las ranas y aves nocturnas, provocaban una sensación extraña y espectral, además de ser peligroso por las serpientes, especialmente macabrel y víbora mapaná y cuatro narices.

Las necesidades sanitarias, necesariamente habían de realizarse con luz de linterna, so pena de llevarse un gran susto.

Al inspeccionar el lugar me sentí como desterrado y prisionero. El vecino más cercano vivía a tres horas de camino y sólo éramos tres los que vivíamos en aquel lugar. El otro era un hombre muy callado y extraño.

Luego de dos largas semanas, dedicado a las tareas agrícolas, robándole terreno a la selva; me di cuenta que mi socio no era lo que decía ser. su vida espiritual no existía y sólo pensaba en lo terreno y animal.

En muchas ocasiones se desnudaba para ser visto y no quería acompañarme en la devoción al Señor.

Mi desesperación aumentó cuando me dijo que la próxima salida sería dentro de seis meses. Aturdido y entristecido, no me hallaba; oraba al Señor pero no lograba la paz.

Me sentí engañado con mis propias buenas intenciones de ser pionero de una escuela de profetas o algo parecido.

Un día, en el cual por turno de suerte me tocó cocina, me quedó algún tiempo libre después de haber realizado mis labores y me puse a leer el libro *Palabras de Vida del Gran Maestro*, y allí leía acerca del poder de la influencia y me aturdí al pensar que podría estar iniciando un camino homosexual en compañía de esos personajes extraños y misteriosos. Así es que tomé la decisión de escapar justo en ese momento.

Sentí temor de huir por agua; además la embarcación estaba encadenada a un fuerte madero. Por eso me incliné por ir a pie a través de la selva.

Tomé rápidamente mi equipo de campaña y lo ceñí a mi espalda. Me interné en la selva y me fui abriendo camino con las manos.

Caminé muy rápido, a marcha acelerada, porque temía que descubrieran que había huido y me alcanzaran. No quería vérmelas con aquellos a quienes les había prometido cosas que ya no quería cumplir.

DIOS EXISTE...

Cuando puse suficiente terreno de por medio, tomé un pequeño respiro y comí algunos granos secos de soja. Posteriormente continué mi marcha hasta que el sol me lo permitió.

Ahora me encontraba con la ropa mojada, pues en algunos lugares muy bajos, el agua me llegaba más arriba de la cintura. Así es que hice, en un lugar alto, una cama de hojas verdes y me dispuse a descansar con ropa seca.

El cansancio me abatió rápidamente y pronto un sueño profundo me venció hasta el siguiente día.

Mientras me estiraba un poco, pensé que ese día llegaría a la orilla del río. Esa era mi esperanza.

A través del mosquitero veía una nube de zancudos o mosquitos, que ávidamente se arremolinaban en torno a mí para succionarme la sangre.

El mosquito Anófeles puede transmitir el plasmodium del paludismo o la fiebre amarilla, así es que tomé precauciones y empecé a empaquetar mi equipo en la mochila, pero siempre dentro del mosquitero.

Cuando hube terminado, guardé con rapidez el mosquitero en la mochila, mientras me abanicaba con un atado de ramas para evitar los mosquitos.

Con las prisas olvidé guardar un par de zapatos, así es que por no abrir nuevamente la mochila, los embuté como pude quedando el tacón de un zapato fuera de la mochila.

Puse sobre mi espalda mi equipo y corrí un poco para rezagar a los mosquitos. Luego de dos horas de abrirme paso por la manigua (selva) llegué a la orilla de un gran pantano.

Estos lugares son muy peligrosos, pues suelen habitar allí serpientes de gran tamaño, como la pitón. Habían zanjas profundas, con montículos de tierra, a semejanza de islas.

Me propuse saltar de montículo en montículo para evitar las zanjas llenas de agua estancada. En muchas ocasiones no lograba alcanzar la distancia que separaba un montículo del otro y caía al agua.

Me así fuertemente con mis manos de la tierra para no mojar mi mochila con lo que llevaba dentro.

En este lugar inexpugnable se daban una clase de arbustos con espinas que herían mis carnes y desgarraban mis ropas, eran lianas vegetales (abejucos) que formaban un obstáculo insalvable.

Al tratar de evitarlos me obligaba a tomar mi equipo sobre mi cabeza y meterme en las zanjas llenas de agua. Ese pantano parecía como una

DIOS EXISTE...

pesadilla, como si estuviese en el vientre del dragón verde de la selva.

Me desesperaba al no tener la certeza de que llegaría a mi destino y me aterrorizaba la idea de encontrarme con la muerte en cualquier momento.

Mi cuerpo extenuado pedía alimento y descanso. Estaban desfalleciendo en mí el valor y el coraje y negros presentimientos llenaban mi mente, porque no acertaba a encontrar la salida de aquel aciago lugar.

Por fin pude salir de allí y experimenté un gran alivio. Pero no por mucho tiempo, ya que al sentarme a descansar sobre un tronco seco, me di cuenta que había perdido la tela plástica que usaba para tenderla en el suelo y evitar la humedad y la lluvia, ya que en la selva llueve con bastante regularidad de forma copiosa.

Ese plástico, pues, tenía una importancia capital para mí. Además, para colmo, descubrí que también había perdido el zapato que había dejado un poco al descubierto en la mochila.

Decidí desandar el camino a fin de buscar la tela plástica y el zapato. Para facilitar mi tarea y hacerla más rápida, dejé mi mochila.

Como no llevaba peso en la espalda fue más fácil saltar los montículos de tierra, hasta que por fin encontré la tela plástica.

Regresé al lugar donde había dejado el equipo y lo tapé con el plástico.

Nuevamente me dispuse a regresar a buscar el zapato; yo recordaba haber pasado por un sitio donde tal vez lo había perdido; así es que me dirigí allí.

Lo busqué por todas partes y al no encontrarlo lo di por perdido.

El problema en el que me encontraba ahora era muy grave, porque yo también, de tantas vueltas que había dado, me hallaba perdido. En todos los montículos estaban mis huellas. ¿Qué podía hacer ahora? Tenía que seguir buscando mi mochila, pero fue en vano.

No la encontré, más bien me fui adentrando más y más en el pantano hasta que me sorprendió la noche fría y oscura de la selva.

Ese día ya no pude seguir buscando mi mochila. Dentro de ella estaba mi mosquitera, ropa seca, mis libros, documentos de identificación y alimento.

Como un soldado derrotado por el enemigo, me refugié apoyando mis espaldas sobre el tronco de un gran árbol y abanicándome con ramas para evitar los mosquitos.

Mi ropa estaba empapada de agua que se mezclaba con el sudor de mi cuerpo, produciéndome un frío que se calaba hasta los huesos.

DIOS EXISTE...

Para no desmoronarme empecé a entonar himnos al Señor, mientras en mis adentros abrigaba la esperanza de alejar el tigre y las serpientes.

El rumor de la vida nocturna de la selva se unió con mis notas formando un duo extraño. Pero yo repetía una y otra vez los himnos, que antaño aprendiera en la iglesia, para que la oscuridad de aquella noche eterna pasara pronto.

Mi garganta, seca de tanto cantar en voz alta, tragaba saliva, mientras mi estómago reclamaba alimento. Poco a poco comencé a cabecear lidiando con el sueño; aquello era como estar en el infierno.

Los mosquitos no cejaban en su empeño de sacarme la sangre y decenas de ellos me la fueron robando sin desfallecer. Mi piel estaba irri-tándose y mi alma desesperaba.

Mi canto se convirtió en un llanto profundo. Gemía, lloraba, gritaba mientras me hacía muchas preguntas que no tenían respuesta. La conclusión final de esa lucha mental fue pensar que al venir la nueva jornada encontraría la solución; sólo era cuestión de resistir y no perder la fe.

¡Qué lindo es el amanecer! Pero aquel amanecer era como una visión de la luz celestial. Aunque los árboles no permitían el paso del calor, la

luz del sol trajo ánimo a mi espíritu abatido. Así es que reanudé la búsqueda de mi mochila con la esperanza de encontrarla pronto, no sin antes haber orado a Dios, pidiéndole fervorosamente que solucionara mi problema.

El hambre me impulsó a buscar comida. Encontré semillas y el fruto de las palmas silvestres así como sus tallos tiernos. Comí hojas verdes carnosas y cañas ácidas, y aunque no eran muy agradables al paladar, por lo menos llenaban mi estómago. Tenía que sobrevivir, no podía perder la confianza en Dios.

Después de mucho andar, perdí las esperanzas de encontrar mi equipo; pero me alegré al encontrar aguas corrientes. Sació la sed hasta casi reventar mi estómago. Esto me produjo frío y empecé a sentir dolor.

Tenía heridas infectadas en todo el cuerpo y la ropa mojada sobre mi piel había quemado mis partes íntimas; mis testículos a los lados no tenían piel, al igual que el pliegue de la pierna.

Las botas llenas de agua, con el roce, habían desintegrado la piel del lado del talón; así es que me despojé de toda la ropa, aun de la interior, ya que el roce me producía un dolor insoportable. Hice un paquete con mi ropa y las botas y lo cargué con la esperanza de encontrar alguna casa y pedir ayuda.

DIOS EXISTE...

Desde ese momento en el que, por fuerza mayor, quedé desnudo, pasaron ocho largos y angustiosos días.

No resulta fácil narrar todo lo que viví. Nunca me imaginé que terminaría en esta situación, desnudo hasta el alma, impotente en todo sentido, desvalido y sin amparo; entonces me refugié en Dios.

Si tenía que morir debía buscar la seguridad del perdón divino. Recordaba como en el pasado le había dado la espalda al Señor y ahora me sentía profundamente arrepentido, así que lloré todas las lágrimas que había dejado de llorar, y en oración sincera le dije al Señor: «Si ves que al salir de esta selva te voy a ser infiel, permite que no salga; y si me sacas de aquí te entregaré toda mi vida en el altar del servicio por tu causa...». Así, con mi rostro en tierra, tirado en el suelo, oraba y oraba.

No sé cuánto tiempo pasó, lo único que sé fue que de allí en adelante estaba dispuesto a lo que fuera. Me dije a mí mismo que si todavía estaba vivo es porque Dios lo había permitido, que debía luchar hasta lo último, que no me iba a rendir ni a desmoralizar.

Me repetí una y mil veces: «Sigue adelante, a algún lugar te llevarán estos pies, aunque sea para la tumba, ¡pero anda!».

En ocasiones me postraba de rodillas y tomaba previamente una ramita con una horqueta en un extremo y la ponía entre los dedos de mi mano; le pedía al Señor que al tirarla girando en el aire cayera en la posición que señalara el camino que debía seguir.

De noche hacía mi cama con hojas verdes y los mosquitos picaron tanto mi cuerpo que ya ni siquiera sentía su picotazo. Los pies se me inflamaron tanto, a causa de las espinas, que ya no lograba estar de pie.

Cuando declinaba ya la tarde, andaba en un bajo (parte baja anegada) y la parte más alta del nivel del agua, sobrepasaba la altura de mis tobillos.

Al ocultarse el sol, la selva quedaba en penumbra. Allí, en medio del agua, pasé la noche, unos ratos de pie, otras veces sentado dentro del agua; y al fin puse un tronco de cabecera y me acosté. Medio cuerpo quedaba dentro del agua y el otro medio fuera.

Los zancudos se daban el festín con mi sangre. Desesperado, llorando, gateaba dentro del agua, en medio de las tinieblas, hasta encontrar un arbusto suficientemente resistente para subirme en sus ramas y dormir sobre él.

Era una lucha contra la misma muerte, pero notaba que la capacidad de resistencia era for-

DIOS EXISTE...

talecida constantemente por Dios. Anhelaba en sueños una cama, soñaba y soñaba, pero de pronto despertaba en aquella rama de ese árbol.

El hambre era tan grande que soñaba que estaba comiendo pero despertaba y estallaba en lloro al comprobar mi cruda realidad.

Así amaneció y mi ser se aferraba más y más a la vida. Otro día, otra noche y mientras tanto, iba avanzando muy poco, pues ya no podía andar, lo que hacía era arrastrarme por los suelos, como una serpiente moribunda.

Con mucho esfuerzo pude subir a un árbol alto para poder orientarme. Divisé el azul del cielo que se abrazaba con el verde de la selva.

Estando allí arriba, empezó a llover y mientras bajaba del árbol, resbalé y caí de una altura de más de ocho metros, recibiendo un golpe que me produjo una fisura en un hueso de mi pierna, que terminó hinchándose causándome un gran dolor.

En un claro de luz de sol, realicé la que yo pensé que sería mi última oración al Señor, y en medio de mi oración escuché una voz imperativa que me decía: «Busca los monos -micos-».

Esto me impactó y presuroso seguí el sonido que emitían una manada de monos. Ellos producen un sonido gutural bastante característico

y muy parecido al ruido que produce el viento en los desiertos cuando sopla fuerte.

Al llegar donde estaban, me atacaron con palos, semillas y hasta con sus orines y excremento.

El desaliento nuevamente se apoderó de mí. Estaba en medio de un pantano, en otro claro de sol.

Lo único que podía hacer era orar, así que volví a comunicarme con Dios y oí nuevamente la misma voz: «Busca los loros». Como si fuera la cuerda a la que me aferraba, y lleno de esperanza, seguí la indicación.

A los lejos se escuchaba el sonido característico de los loros. Su «cra-cra-cra» era mi guía y llegué a un árbol gigante cargado de fruto, que estaba lleno de loros que lo comían.

Tomé uno de sus frutos y lo probé, tenía un agradable sabor picante, pero me produjo un sueño de muerte.

No obstante sentía como una mano que me empujaba, como una fuerza que me impulsaba a continuar. Era una sensación especial, algo que nunca había experimentado.

Me quería dejar caer y morir, pero por otro lado una corriente interna de fuerzas renovadas me instaban a seguir caminando. Dios me estaba empujando hacia la salida, así que continué

DIOS EXISTE...

reptando hacia la esperanza, arrastrándome hacia la vida. Por la misericordia de Dios, su ángel me guió hasta un sembrado de maíz. ¡Qué gozo tan inmenso experimenté! No se puede describir con palabras.

Emocionado, aunque sin fuerzas, lo primero que hice fue poner mi rostro contra la tierra y llorar de alegría; en medio de sollozos y murmullos le ofrecí mi vida al Señor: «Señor -le dije- mi vida, de hoy en adelante, te pertenece. Usala para tu servicio si así lo deseas».

Luego comí maíz tierno, aunque crudo, pero era igual, me sabía a manjar exquisito. También había plantada yuca y después de extraerla la comí cruda y sacié mi sed con caña de azúcar.

Me imaginé que la casa del dueño de aquel sembrado debía estar cerca, así es que la busqué hasta dar con ella.

Le conté lo que me había sucedido y bondadosamente me ayudó a recuperarme y al mes pude con una muleta ponerme de pie.

Los colonos de aquella región me llevaron a sus casas y les agradaba que les contara como Dios me había sacado con vida de la Laguna del Hippa, que era como le llamaban.

Ninguno de ellos se aventuraría a entrar allí, pues sabían los grandes peligros que encerraba.

... y lo he experimentado

Hoy, cuando recuerdo todas estas cosas que me sucedieron, todavía se me mojan los ojos al recordar cuántas cosas hizo Dios en su providencia para poder contarles «qué bueno es Jehová para con todas sus criaturas». Dios es la fuente de bondad inagotable para con sus hijos.

Hoy muchos están perdidos en la selva de cemento; Dios sabe cómo sufren, como lloran y desea darles su salvación; su pan del cielo para aquellos que mueren en las calles de hambre en sus almas. Aquellos que con la sed no van a Jesús que es el agua de la vida.

Para esas almas Dios es su única solución y así como hay poder en su sangre él te invita hoy para que aceptes su amor. ¿Sabías? El sabe que te encuentras perdido, te anda buscando y llamado, no te escondas ya más. Recíbelo como tu salvador personal.

*Experiencia vivida por
René García
Colombia*

El hno. René actualmente es misionero de la iglesia Adventista del Séptimo Día Movimiento de Reforma y eventualmente profesor del Instituto Teológico INSETES de Colombia.

Un shock de muerte

Nací el 21 de febrero de 1977 en Medellín Antioquía, (Colombia). Recibí la educación de una excelentísima madre que se preocupó por inculcar buenos principios, que nunca se me olvidarán en la vida.

Crecí en ese ambiente cristiano. Pasé a otro mundo, donde todo es vanidad, derroche, placer y problemas.

Terminé de estudiar la primaria y la secundaria el 5 de diciembre de 1995. Seguidamente el 25 de enero de 1996 ingresé a prestar servicio militar en el batallón Pedro Justo Berrío (Medellín - Antioquia), lógicamente en contra de los principios que había conocido desde la niñez.

Mi vida era vacía tenía muchos problemas, vivía en medio de circunstancias muy desagra-

DIOS EXISTE...

dables y nada tenía sentido. Terminando el servicio militar me dirigí a un amigo muy conocido, constructor de edificios y solicité trabajo con respuesta positiva.

El 15 de febrero de 1996, un día fresco en el que sentíamos el viento que soplaba de un lugar a otro y el sol calentaba como de costumbre, estábamos empeñados en la tarea de construir la edificación de un cuarto piso o planta.

Al atardecer, cuando faltaban pocos minutos para culminar las labores, uno de mis compañeros nos pidió el favor de ayudarle a subir por el frente del edificio cinco varillas de $2/8$ de unos 6 metros de largo al cuarto piso.

Nos dirigimos cada uno al lugar que nos correspondía, un compañero se ubicó en el primer piso, yo me ubiqué en el tercer piso donde se encontraban los parales o madera sosteniendo la construcción de la última planta y un último compañero en el cuarto piso, que a su vez terminaba el recorrido de las varillas.

El compañero del primer piso comenzó rápidamente a transportar la primera varilla... la segunda ... la tercera ... y al pasar la cuarta varilla el compañero del cuarto piso la recibió y se dirigió a realizar otra labor sin tener en cuenta que faltaba una quinta varilla por transportar. El compañero del primer piso comenzó a transpor-

tar la quinta varilla que faltaba, yo la recibí en el tercer piso, seguidamente pasé a transportar normalmente la varilla a mi compañero del 4º y último piso, no sabiendo que él ya no se encontraba allí, iporque en ningún momento me había informado!

Cuando, al sostener ésa ultima varilla en el vacío miré hacia arriba y para mi asombro vi una chispa inmensa grande que descendió sobre mí y quedé inconsciente.

Pocos minutos después desperté, y estaba rodeado de mis compañeros de trabajo. Uno de ellos me estaba introduciendo los dedos en la boca intentando sacarme la lengua, mientras otro revisaba mi cabeza y columna.

Mas otro dijo: «¡Huele a corto! Como si hubiesen quemado llanta de automóvil!».

Mis compañeros muy preocupados me preguntaron: «Fabián: ¿te encuentras bien? ¿No sientes dolor en alguna parte del cuerpo? ¿Dónde te arde?».

Otro dijo: «¡Es un milagro que no haya caído al vacío!» Otro le respondía: «¡Sólo los pájaros pueden tocar esas cuerdas de alto voltaje!».

Entonces decidí colocarme de pie para caminar un poco y tomar aire, cuando sentí un dolor inmenso debajo de la planta de mi pie izquierdo que me consumía.

DIOS EXISTE...

En mi desesperación comencé a gritar: «¡Quítame el zapato por favor! ¡Me quemó! ¡Me quemó!».

Me quitaron los zapatos y las medias (calcetines). Uno de ellos dijo: «¡Miren como quedó el zapato y la media, muchachosi!».

Inmediatamente miré la planta de mi pie, tenía una figura en círculo, donde se veía la piel interior quemada, mas no salía sangre sino un líquido negro.

Otro de mis compañeros dijo: «¡Llévenlo rápido a un hospital!».

Me ayudaron a descender de allí al primer piso, y me transportaron a la clínica más cercana.

Una vez allí y en el laboratorio de urgencias, me revisaron el pie afectado; mientras esto era realizado yo le iba contando lo sucedido al médico.

Al informarse que me había electrocutado con una varilla, asombrado me dijo: «¡Es un milagro de Dios! ¡Toda persona que es electrocutada de esta forma termina carbonizada y muerta!».

Cuando me estaban tomando el electrocardiograma perdí el conocimiento nuevamente. Desperté rodeado de cables pegados a mi cuerpo, el médico se dirigió hacia mí y me dijo: «¡Es-

... y lo he experimentado

tás vivo por que Dios ha hecho una excepción contigo!».

Después de muchos chequeos y exámenes pensaron que iba a quedar con problemas físicos y psicológicos.

Todos los resultados de exámenes que me tomaron salieron positivos, y no podía ser todo una casualidad, ¿quién puede librarse de algo así? ¿Existía un Ser divino que me guardaba?

Sí, yo mismo soy prueba de ello, existe un Dios que nunca desea que tú y yo seamos ignorantes de su existencia. Por eso hoy, 19 de marzo del 2000, deseo hacer su voluntad gloriándome en su amor inconmensurable para contigo y conmigo.

*Experiencia vivida por
Fabián Soto
Colombia*

Los dos sabores de la vida

Hace muchos años atrás descubrí que la vida tenía un sabor que nunca antes había gustado. En sentido figurado, y aludiendo a la Palabra de Dios, podría decir que era dulce al paladar pero amargo al estómago.

La parte atrayente era el sabor dulce: la atracción de las cosas prohibidas de la vida; y yo quería experimentarlo todos los días. Y así anduve adentrándome más y más en el fango de la heroína.

Esta aventura tenía un precio muy alto, que tuve que pagar con el abandono de todos aquellos que me querían: mi madre, mi abuela, mis amigos y compañeros y hasta mi esposa.

DIOS EXISTE...

Me quedé solo, a solas con mi heroína. Yo creía que la estaba dominando a ella, pero en realidad era ella la que me estaba esclavizando a mí.

Al comprobar que nadie me quería y que todos se apartaban de mí, y con razón, ya que les había hecho mucho daño, hice de la droga mi compañera inseparable, mi válvula de escape, mi desahogo permanente, el sucedáneo de la verdadera felicidad.

Decidí irme a vivir cerca de donde se movía la droga, un barrio degradante, de chabolas y barracas, donde la gente que vivía era corrompida.

¿Por qué iba a reprocharles algo? ¡Yo era igual que ellos!

Me integré rápidamente en esa comunidad del delito. Vivía por y para la heroína, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para poseerla; el resultado fue que tuve muchos conflictos con esa clase de personas y hasta llegué a estar en la cárcel.

Yo sabía que lo que hacía estaba mal, y a veces sentía la vocecita del centinela de mi conciencia, casi ya muerto, que me recordaba que estaba en mal camino y que debía cambiar.

Lo intenté por mi cuenta pero sin ningún resultado, siempre volvía a caer. Y es que cuando

uno se adentra en el mundo de las drogas, éstas no vienen solas; siempre se asocian a otras clases de transgresiones y prácticas degradantes, que te van consumiendo hasta llegar a ser una marioneta en manos del diablo.

La situación era cada vez más insoportable; me daba asco de mí mismo, no quería seguir viviendo así.

Deseaba sinceramente cambiar, pero no sabía cómo hacerlo. La sensación que me embargaba era la de haberme introducido en un camino sin retorno. ¿Qué iba a hacer en esta situación?

Alguien me aconsejó que ingresase en uno de esos centros que se dedicaban a rehabilitar a los toxicómanos.

Accedí y por un tiempo de siete años estuve frecuentando esta asociación.

Ingresaba por un período de tiempo y cuando ya creía que había vencido el hábito, volvía a los ambientes de antes y allí desaparecía mi fuerza de voluntad y volvía a caer.

Y así fui entrando y saliendo, hasta que la misma asociación me mandó a su centro de España.

Contaban con más de diez apartamentos en todo el país, y su dinámica era involucrar a los jóvenes en fase de rehabilitación, en la divulga-

DIOS EXISTE...

ción de folletos, revistas y otros materiales, informativos que tenían el objetivo de ayudar a prevenir el consumo de la droga.

Ibamos de casa en casa, también por empresas y comercios, ofreciendo la literatura y recibiendo a cambio ayudas económicas voluntarias, distribuidos en grupos de diez, por edificio, y de dos en dos.

Un día, hallándome realizando esta actividad, me encontré por la calle a una chica que hablaba el mismo idioma que yo.

¡Qué alegría me dio! «Es muy agradable poder hablar tu lengua con alguien, lejos de tu casa, en un país que no es el tuyo» le dije amablemente.

Intercambiamos bastantes palabras y pensamientos, hasta crear una pequeña amistad.

Al poco tiempo dejé la asociación y busqué a la chica, de la que ya me había enamorado.

Ella tenía una costumbre diferente a todas las otras chicas que yo había conocido: Oraba a Dios.

Una de las primeras oraciones tuyas que yo escuché así: «Señor, te doy gracias por la vida de este buen chico. Abre su corazón para poder aceptar y entender tu Palabra. En el nombre de Jesús te lo pido. Amén».

... y lo he experimentado

Me obsequió una Biblia para que la leyese, aconsejándome el salmo 32 donde dice: «Bienaventurado aquel a quien es perdonada su transgresión y cubierto su pecado.»

Este era el comienzo de un nuevo camino en mi vida. Un sabor en mi boca distinto al que estaba acostumbrado a gustar. La fe en Jesús, como mi Salvador personal, fue tomando forma y desarrollándose en mi corazón.

El Espíritu Santo, cada vez que yo leía la Palabra, iba obrando una transformación más profunda y duradera que todos los esfuerzos conjuntos pasados realizados para librarme de las ataduras de mi vicio de muerte.

Aunque debo decir que agradezco a las personas del centro donde ingresé para rehabilitarme, porque hicieron todo lo que sabían y podían para ayudarme.

«La fe viene por el oír y el oír por la Palabra de Dios». Comprobé que esta enseñanza bíblica se hacía realidad en mí.

«Porque la Palabra de Dios es vivía y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el Espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.» (Hebreos 4:12).

Mi pobre y arruinado corazón, debilitado y manchado por el pecado, ahora comenzaba a

DIOS EXISTE...

latir con otro ritmo, con más fuerza, con una esperanza luminosa y experimenté que las palabras de Pedro, de Pablo, de Juan y de cualquier escritor sagrado de la Biblia, eran una realidad viva y no una teoría muerta, o una quimera de un grupo de locos. «*Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre.*» (1 Pedro 1:23).

El Espíritu de Cristo me impulsó con una fuerza ajena a mí, hacia el camino que yo siempre, en lo más recóndito de mi corazón, había deseado caminar.

Un camino de bien y de justicia, de amor y de verdad; el camino de la luz. «*Yo soy la luz del mundo, el que sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.*» (Juan 8:12).

Jesús, la luz del mundo, ahora ilumina mi sendero hacia la patria celestial y me alimenta con su pan de vida.

Es maravilloso descansar en los brazos amorosos de Aquel que vino a morir por cada pecador, sentir la seguridad de que Jesús me ama a pesar de mis pecados pasados y que si confío en él no tengo nada de qué temer. «*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de*

... y lo he experimentado

corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil y ligera mi carga.» (Mateo 11:28-30).

Ahora tengo una nueva canción en mis labios, tal y como dice David en los salmos: «Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios.» (Salmos 40:3).

La verdad me ha transformado y espero que me siga cambiando hasta llegar a reflejar el carácter de Jesús: «Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.» (Juan 8:31, 32). Esta es la verdadera bienaventuranza.

Mis familiares, que antes se alejaban de mí con temor, ahora me buscan y desean estar a mi lado y esto me produce una gran satisfacción y alegría.

Están admirados del cambio que se ha verificado en mi vida, y esto me da la oportunidad de testificar por Cristo: «Grandes cosas ha hecho Jehová con nosotros; estaremos alegres.» (Sal. 126:3). «Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.» (Juan 9:25).

Hoy estoy en la iglesia del Señor Jesús, abrazando la esperanza bienaventurada de su segunda venida a esta tierra y cuando tengo aflicciones, le doy gracias a Dios, porque no se puedan

DIOS EXISTE...

comparar al mucho sufrimiento que arrostré en mi vida pasada y tampoco son nada, comparadas con las pruebas que tuvo que padecer Cristo para salvarme.

Amo a mi esposa, a mis hermanos en la fe, a mis familiares, amo la vida y amo sobre todo a Jesús, en quien *«tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia.»* (Efesios 1:7).

He podido aprender mucho de todo lo que me ha ocurrido a pesar de que tuve que vivirlo desde mi infancia, en primer lugar que el diálogo en la familia, la unión entre los cónyuges, el respeto y amor, el ser amigo de los hijos y dialogar con ellos como si fueran nuestros amigos, la educación en valores morales y religiosos, una educación para el trabajo y el cumplimiento del deber, el ejemplo y otros factores, son esenciales para evitar que los jóvenes se lancen en el túnel de la perdición. Eso es justamente lo que a mí me faltó.

Ojalá que los que lean mi experiencia recapaciten y puedan evitar cometer los errores que a otros nos hicieron sufrir tanto.

Fue así como logré salir del mundo de las drogas y del delito.

Si escribo esta experiencia es para ayudar a otros jóvenes, a fin de que no tengan que caer

... y lo he experimentado

en el agujero oscuro, frío y profundo en el que yo me vi.

Es cierto que Dios te puede ayudar a vencer cualquier problema, como lo ha hecho conmigo; pero no es menos cierto que muchos problemas que dejan marcas y dolor, se podrían evitar si simplemente dijésemos «no» al pecado, si nos negásemos, con el favor de Dios, a andar por la senda de lo prohibido; que aunque parece hermosa, a la postre sólo es un camino de muerte.

Sólo tengo alabanzas y gratitud para Dios en mis labios, y también gratitud hacia la mujer que me mostró el camino de salvación, la que hoy es mi esposa.

*Experiencia vivida por
José Alberto
Portugal*

Consuelo divino

Fue en el año 1993, en el mes de octubre, alrededor de las 8:30 a.m. momento en el cual me dispuse a ir al lugar donde colportaba. Me encontraba sola ya que no tenía compañera.

La verdad es que estaba desanimada, hasta el punto de no tener ningunas ganas de seguir colportando; entonces comencé a pensar. Mi mente estaba confusa, no sabía qué hacer. ¿Abandono el colportaje? ¿Emprendo estudios universitarios? ¿Me voy a los EE.UU.? ¿Sigo colportando?

Mis finanzas no eran buenas, pues a penas estaba empezando a colportar y aún no había hecho ventas significativas. Los días pasados había salido a tocar las puertas y no había ven-

DIOS EXISTE...

dido. Recorrí negocio tras negocio, hasta que por fin pude hacer una venta de tres libros para la quincena.

Llegó el día esperado y entregué una obra, mas sólo me dieron la primera parte del importe. Seguí presentando los libros, pero no me hicieron más pedidos.

Llegó nuevamente la fecha del cobro y al Señor que le tocaba cancelar, lo despidieron del trabajo y no recibí el dinero; esto para mí fue fatal, no sabía qué hacer.

Una noche me puse a pensar y llegaron a mi mente aquellas preguntas que en estos momentos invadían mi mente.

Lloré mucho y oré al Señor sinceramente; aquella noche no pude dormir. A la mañana siguiente me sentí mejor y me dispuse a salir al área donde colportaba.

Cabizbaja y triste, crucé la Avenida Urdaneta de Caracas, Venezuela, en una zona comercial, y al llegar a la Plaza de la Candelaria, donde me encontraba ahora, un señor alto y fornido me detuvo y me preguntó: «¿Por qué estás triste? El Señor ha escuchado tus oraciones».

Yo no supe qué decir; me quedé boquiabierta. Aquel hombre me siguió preguntando cosas relativas a mi vida y relacionadas especialmente con mis preocupaciones; pero yo seguía sin pro-

nunciar palabra, sólo lo miraba muy sorprendida. Me habló dulcemente y a la vez me hizo ver el error en que me encontraba.

Mis interrogantes internos se fueron desvaneciendo. Me dijo que yo no debía ir a EE.UU. y que la obra que yo pensaba hacer allá la iba a realizar en Venezuela. También me indicó el lugar donde iba a trabajar: «Petare», una ciudad del Estado Miranda.

Luego me dijo que el hijo de Dios no debía estar triste, sino que debía ser feliz. Al despedirse de mí me dio una bendición, di media vuelta y desapareció de mi vista; aunque lo busqué ya no lo pude encontrar.

Me quedé estática, como petrificada. Luego las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas, porque ese hombre sabía lo que yo pensaba y sentía. Oré, me calmé un poco...

Por la noche, ya en casa, llegué a la conclusión que debía ser un ángel de Dios. Pero antes de regresar a mi casa, seguí colportando y pude experimentar la providencia de Dios, ya que ese mismo día vendí doce libros, lo que antes me había costado vender en quince días.

Tuve entonces la seguridad de que Dios me amaba y que deseaba lo mejor para mí; también entendí que la obra del colportaje es una obra inspirada por el cielo.

DIOS EXISTE...

Dos años después me casé y fui a vivir con mi esposo Arturo Romero a la iglesia de Petare por cuatro años, donde trabajamos activamente.

Actualmente estamos trabajando en otro campo, y nuevamente comprendí que aquel hombre que salió a mi encuentro, era un ángel del Señor.

«El Señor aguzará nuestras percepciones a fin de que comprendamos que estos seres poderosos que visitan nuestro mundo desempeñan una parte activa en toda tarea que nosotros consideramos como nuestra. Esos seres son ángeles ministradores que frecuentemente se presentan bajo la forma de seres humanos. Como si fueran extraños, conversan con quienes están ocupados en la obra de Dios. En lugares solitarios han sido los compañeros de un viajero en peligro. En barcos sacudidos por la tempestad, ángeles bajo la forma humana han dirigido palabras de ánimo para disipar el temor e inspirar esperanza... Muchos, bajo diferentes circunstancias, han escuchado las voces de los habitantes de otros mundos que vinieron a desempeñar una parte en esta vida.» (Mat. AO, 82).

Esta experiencia marcó mi vida profundamente y me dio coraje para seguir realizando la maravillosa tarea del colportaje, buscando

... y lo he experimentado

almas para el reino de nuestro Señor Jesucristo. Pongámonos en sus manos y dejemos que él nos guíe donde quiera y como quiera; porque sus caminos no son nuestros caminos, mas él sabe lo que nos conviene a cada uno...

Que Dios bendiga a todos los colportores del mundo y que les conceda el ánimo, la fortaleza y las evidencias necesarias de que la obra que realizan es de origen divino y que a su lado siempre está el ángel protector para velar sus pisadas.

*Experiencia vivida por
Nelly Esther de Romero
Venezuela*

Librado del suicidio

Era una mañana del año 1987. Salimos a colportar en una ciudad que se llama Ciudad Bolívar, al suroriente del país de Venezuela.

Estaba recién llegado de Argentina donde había estudiado teología, y cuando llegué se me informó que tenía que ir a colportar a dicha ciudad.

Muchos de mis colegas me expresaron que aquel lugar era un campo muy duro, pero yo les dije, y lo recuerdo como si fuera hoy: “Yo voy en el nombre de Jesús”, y así me fui.

En esa mañana mi compañero y yo empezamos a colportar la primera manzana. Mi compañero tuvo éxito, vendió todos los libros que llevaba en el maletín y yo no me estrené.

DIOS EXISTE...

Eran las 11:00 A.m. y mi compañero se fue a casa pero yo me propuse que no me iría hasta que no vendiera un libro, y elevé una oración fervorosa al cielo.

Siendo las 12:00 A. m. llegué a una casa y creí oír una voz en mi mente que me decía: «toca aquí».

Y toqué una vez pero no me respondieron, dos veces y nada, tres veces y nada, cuatro y cinco; tanto insistí que salió un hombre malhumorado, o sea bravo, y me preguntó qué es lo que quería, en un tono áspero.

Yo me asusté y le dije: «yo vengo a hablarte de Cristo». Fue lo único que salió de mi boca.

El hombre escuchó y me invitó a pasar adelante. Cuando entré vi una pistola sobre la mesa.

Me asusté mucho. Al dirigir mi mirada hacia el hombre, él me dijo: «Yo estaba apunto de quitarme la vida, dándome un tiro y tú me interrumpiste, no me maté por ti porque salí a ver quién era el que tocaba con tanta insistencia».

Como es de suponer, en tal situación, no pude presentar el libro de medicina, así es que decidí presentar a Cristo como Salvador, Cristo como el que perdona los pecados y le hablé de la Palabra en Mateo 28:11-12 y le dije que Cristo le podía ayudar.

... y lo he experimentado

Entonces el hombre me habló de sus problemas, estaba pasando por una situación muy tremenda; me dijo que su esposa se había ido con su mejor amigo, y que le robaron todo.

Fue así como llegó a la convicción de que su única salida era quitarse la vida. Ahora se daba cuenta de que era un error.

Le hablé de la medicina natural y le presenté los libros.

Cuando los vio le gustaron tanto que de la «Guía de Medicina Natural» pidió diez colecciones, veinticinco «Salud por jugos» y diez «Arte de la cocina».

Le pregunté asombrado por qué me pedía tantos libros, y él me dijo que pensaba enviarlos a Arabia en el Medio Oriente; para regalarlos a sus familiares.

Después de aquella venta fui a visitarlo y no lo conseguí más, pero la semilla fue sembrada y algún día, cuando la lluvia tardía descienda, sé que él tendrá la oportunidad de unirse al remanente.

Fue una de las ventas más grandes que he hecho en un día y de las experiencias que más me impactaron porque comprobé que mi oración fue contestada enseguida.

Espero que esta experiencia sea de bendición para muchos colportores y cuando se en-

DIOS EXISTE...

cuentren en la situación de que no venden, no se desesperen, clamen a Dios y él les responderá.

*Experiencia vivida por
Argenis Ramón Hernández
Director de Colportores de la Asociación
Occidental de la Unión Venezolana*

Las pistolas que no se dispararon

Un 24 de diciembre del año 1995, me aconteció una experiencia inolvidable. Era un viernes, víspera de Navidad.

Por ese entonces trabajaba de tesorero de la unión peruana. El trabajo me estaba desbordando; había terminado de llevar unos paquetes de libros para una agencia de transporte que transportaba los mismos a nuestras diferentes asociaciones.

De regreso, pasé por el banco, acompañado de mi hija mayor, era día de pagar salarios al personal que trabajaba en la imprenta de la editorial y el sueldo de los empleados.

DIOS EXISTE...

Recuerdo que la cantidad de dinero era aproximadamente de unos 4.000 dólares. El banco está a unas pocas cuadras de la central de la unión, por eso resolví ir caminando, sin pensar en esos momentos en el peligro que corría.

Cuando me hallaba de regreso hacia las oficinas, y faltándome unos cincuenta metros para llegar, dos hombres armados, montados encima de una moto me asaltaron para robarme el dinero.

Uno de ellos vino hacia mí, empuñando un revólver y haciendo señales de dispararme.

Me pidió el dinero. ¿Qué podía hacer en esos momentos? Yo miré a mi hija y al atracador. No sabía si darle o no el dinero.

Aquellos hombres perversos apretaron el gatillo para disparar sus armas pero éstas no funcionaban, lo intentaron varias veces pero no se disparaban; después me di cuenta que los ángeles de Dios me estaban protegiendo e impidiendo que aquellas armas fueran usadas.

Yo grité con todas mis fuerzas, nervioso y lleno de miedo, pero no soltaba el dinero; de pronto llegó un automóvil que dándose cuenta de la situación, comenzó a tocar la bocina pidiendo socorro.

En esos momentos los dos ladrones se pusieron muy nerviosos. Forcejeando conmigo lo-

... y lo he experimentado

graron llevarse lo que encontraron en mi bolso, era un paquete que tomaron como botín y se marcharon a toda prisa.

Yo pensé que se habían llevado todo el dinero; pero como la interrupción divina fue oportuna, no llevaron más que cuarenta dólares y mis documentos.

Minutos más tarde, éstos últimos me fueron devueltos y el dinero de los salarios fue preservado milagrosamente.

De esta forma protegió el Señor la vida de mi niña, la mía y el dinero de sus obreros. «*El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende.*» (Salmo 34:7). Que la gloria sea dada a Dios, ahora y por toda la eternidad.

*Experiencia vivida por
Ermis Calderón
Perú*

Un libro que me trajo la luz

Siempre creí en Dios. Desde mi más tierna infancia aprendí que hay un Dios en los cielos que premia a los buenos y castiga a los malos. Al menos esta era la visión que me habían inculcado como católico.

Nací un día del mes de marzo de 1926 en Jaca (Huesca), España; tierra bella, de gente noble y trabajadora. Productora de cereales y de plantas forrajeras, de ganado lanar y variada industria maderera, piedra artificial, harinería, etc.

Según cuenta la historia, fue tomada en el año 194 antes de J.C. por Marco Publio Catón y llegó a convertirse en paso estratégico de los

DIOS EXISTE...

Pirineos. Los árabes la hicieron tributaria y los condes francos la gobernaron hasta el siglo IX.

Fui creciendo en estos parajes como cualquier otro niño, con miedos y quimeras, con ideales y sueños.

De amplia tradición católica, fui acatando fielmente las tradiciones de la iglesia, con el objetivo de alcanzar un día la salvación prometida por nuestro Señor Jesucristo.

Y así fue como, después del servicio militar, -contaba yo con 23 o 24 años a la sazón-, asistí a unos ejercicios espirituales con varios buenos amigos.

Allí tomé la decisión de entregarme al Señor. Lo hice como fraile en la orden de los dominicos.

Mi singladura me llevó a servir en muchos conventos de España: Zaragoza, Valencia, Alicante, Requena, etc.

En unos, como en el Colegio de los Dominicos de Valencia, fui hermano dispensero, en otros portero...

Para mí lo más importante era servir a la causa de Cristo y no importaba la manera; por serviles que fueran mis actividades, las realizaba con mucho contentamiento, teniendo siempre en vista la salvación que ofrece Cristo a los que perseveran en el bien hacer.

... y lo he experimentado

Acataba todas las normas de la orden y las practicaba sinceramente: Los rezos, ayunos y otras penitencias, algo así como Lutero, cuando ingresó en el convento de los agustinos de Erfürt (Alemania), buscando ganarse el cielo con sus obras.

Las disposiciones internas me llevaron al continente americano y durante cuatro años, de 1960 a 1964, serví en Guatemala. Fue allí donde ocurrieron los hechos que cambiaron el rumbo de mi vida.

Un día, una feligresa de la parroquia me trajo un libro que ella tenía, y que se titulaba «El Conflicto de los Siglos». Me pidió que le dijera si ella podía leerlo y si estaba en armonía con la doctrina de la iglesia. Le contesté que lo iba a examinar y que le daría la respuesta.

Yo tenía un compañero de habitación que era sacerdote y aproveché una de sus ausencias, en las que él iba a hacer una gira por las aldeas, para leerlo.

Evidentemente si hubiese estado él me lo habría quitado, al no llevar el «Nihil obstat» o censura eclesiástica católica.

En cuestión de ocho o diez días lo leí. El Espíritu Santo impresionó vívidamente mi entendimiento y comprendí, a la luz de la Biblia, que yo estaba completamente errado.

DIOS EXISTE...

Que la salvación es un don de Dios y que no es el fruto de nuestras buenas obras, sino éstas son el fruto de nuestra fe. (Romanos 1:17; 5:1; 4:1-8).

Muchas dudas e inquietudes se me despejaron para siempre y comencé a ver a Dios como un Padre amoroso que desea la salvación de toda la humanidad y no ese dios que me habían presentado, inventor del infierno, donde se estarán quemando eternamente los que obren mal.

Como es de suponer, no pude seguir enseñando lo mismo que antes, y empecé a presentar a Cristo como el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo y que ha de venir por segunda vez a esta tierra, tal y como apuntan las profecías de Daniel y Apocalipsis.

Que los mandamientos de Dios son inmutables y que el sábado forma parte de ellos, como día que hay que respetar y no así el domingo, institución humana basada en la tradición y sin raigambre bíblica.

Algunos compañeros superiores me instaron a no ser tan radical y a no tomar la Biblia al pie de la letra, sino ceñirse a las disposiciones de los concilios de la iglesia. Así seguí unos años más, pero sintiéndome mal conmigo mismo y cada vez que asistía a una celebración había algo que no me dejaba tranquilo.

... y lo he experimentado

Por fin regresé a España y sobre el año 1969 busqué la Iglesia Adventista donde ya me quedé, por considerar que se ceñían, en enseñanza y práctica, a las doctrinas bíblicas.

Tal vez un año más tarde, conocí el Movimiento de Reforma Adventista, el cual acepté con mucho gozo en mi corazón, para vivir una fe más en consonancia con la Palabra y donde me encuentro hasta el día de hoy; abrazando la esperanza del próximo regreso de nuestro Señor Jesucristo en gloria.

Considero que la labor que realizan los colportores es de suma importancia para completar la obra de la predicación del triple mensaje angélico, ya que la página impresa llega a lugares recónditos e insospechados, lugares que los predicadores no pueden alcanzar.

Por esa misma razón, siempre que puedo, y mi trabajo me lo permite, yo también distribuyo la literatura. El libro *«El Conflicto de los Siglos»* también puede llevar a otros al verdadero conocimiento de la Palabra y esto me ha impulsado a ofrecerlo a sacerdotes y frailes, muchos de los cuales los aceptan, y también a toda persona que se cruza en mi camino. ¿Por qué no puede ocurrirle a ellos lo mismo que me ocurrió a mí?

La promesa de Dios es que echemos nuestro pan sobre las aguas y que un día lo hallaremos.

DIOS EXISTE...

Los mensajeros silenciosos hacen su obra. La página impresa entra en hogares, en conventos, en cárceles, en hospitales, en escuelas y universidades, y al ser leída el Espíritu se encarga de impresionar las mentes.

Dios bendiga a los valientes colportores que realizan esta magna tarea en pro de los perdidos.

*Experiencia vivida por
José Tiznel
Barcelona, España*

¿Cuál es la verdad?

Mi nombre es Alexis y soy padre de tres hijos, dos niños y una niña. Nací en Burundi, un país situado en el gran continente africano.

Burundi cuenta con una población de más de seis millones de habitantes, la mayoría de los cuales el 62% son católicos. El resto de la población se divide en un 33% de animistas, 4% de protestantes y 1% de musulmanes.

Mi padre es protestante, ministro de la iglesia Emmanuel, y mi madre era una Adventista del Séptimo Día, líder de la iglesia del pueblo donde vivíamos.

Mi familia se componía de seis hermanos y una hermana, y como la costumbre de nuestro país es que el padre tenga todo el poder en la

DIOS EXISTE...

familia, nos hizo seguir sus enseñanzas. Por eso he titulado mi testimonio «¿Cuál es la verdad?».

Mi madre, sin embargo, fue fuerte; nunca cesó de hablarnos acerca de la verdad celestial, pero habíamos recibido otra base religiosa de parte de mi padre que hizo difícil que creyéramos en su predicación y por lo tanto que la aceptáramos.

Lo que me asombra, ahora que mis ojos están abiertos, es que mi madre pasó muchos sábados en prueba y dificultad a causa de nuestra terquedad. Que Dios me perdone.

De todos modos, siempre oraba por nosotros y especialmente por mi padre, ya que en algunas ocasiones era muy duro.

Pero parecía como si ella hablase el vacío, porque mi padre se mostraba muy seguro de sí mismo y creía que sus enseñanzas eran las correctas y las de mi madre las erradas.

En 1990, de forma inesperada y extraña, mi hermana se enfermó; no podía hablar más.

En el hospital, el doctor nos dijo que no se podía hacer nada, ya que ninguno de los exámenes realizados mostraban lo que estaba mal; no sufría, el único problema es que no podía hablar.

Durante este tiempo, mi madre había estado ausente del hogar por unos días y al regresar

lloró cuando vio que su única hija estaba en esa condición.

Durante la noche siguiente mi madre estuvo orando y por la mañana, cuando mi padre vino a preguntar por la salud de mi hermana, al entrar al cuarto de mi madre, mi hermana le pidió, con una voz clara, un vaso de agua. ¡Sea glorificado el Señor!

Esto sucedió un viernes, y ese mismo día mi hermana entregó su corazón a Jesús y aceptó la fe adventista.

Era difícil para nosotros comprender esto, pues en repetidas ocasiones había dicho que no deseaba ser adventista, especialmente no aceptaba ser vegetariana. A pesar de todo esto mi padre no cambió su forma de pensar.

En 1993, comenzó la tragedia que conmovió a mi país y me tocó el turno de pasar por pruebas muy difíciles.

A pesar de todos los problemas y dificultades, mi madre no abandonó su cometido; me hablaba muy a menudo, pero aún yo no aceptaba la verdad.

Al ver que no respondía a su llamado me dijo un día: «Alexis, hijo mío, tantas veces te he dicho que aceptes al Señor, pero hasta ahora no lo has hecho. Te he hablado acerca del sábado del Señor tu Dios. ¿No puedes ver lo que está

DIOS EXISTE...

sucediendo en este país? Cada día la situación se empeora. No sabemos quién morirá primero. Algún día conocerás la verdad; pero quizás para entonces ya no estaré a tu lado».

Estas fueron sus últimas palabras para mí. Dos días después murió por salvarme a mí, fue asesinada.

Entonces conocí el horror de la guerra civil. Nuestra guerra se dispersó y hasta el día de hoy no sé dónde están mis hermanos y mi padre.

Bajo condiciones increíbles e indescriptibles, mi esposa, mis dos hijos -entonces- y yo, pudimos escapar de la agitación de Burundi para venir a vivir por un tiempo en Grecia.

Para mí las palabras de Jesús, en Mateo 6:25-34, fueron de gran consuelo en esta época: *«Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?»*

Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?

¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido ¿por qué os afanáis? Considerad los

... y lo he experimentado

lirios del campo, cómo crecen; no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos.

Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?

No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas.

Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.»

Aunque al principio vivíamos en circunstancias desastrosas, agradecemos mucho a Dios que nos ayudó, porque a través de estas pruebas nos guió al conocimiento de la verdad.

Mi esposa y yo encontramos la verdad en la Iglesia Adventista del Séptimo Día, Movimiento de Reforma.

Los hermanos de Grecia nos prestaron una valiosa ayuda y colaboración en todas nuestras necesidades y les agradecemos de corazón.

DIOS EXISTE...

En todos los tiempos, el pueblo de Dios ha sido oprimido y ha llevado pruebas; pero el Señor ha estado a su lado con sus muchas bendiciones.

*Experiencia vivida por
Alexis, Burundi (Africa)
(Tomada de la revista
El Guardián del Sábado)*

El cuidado de Dios

Comenzaré contándoles una experiencia que tuve ya de joven, cuando aún no tenía presente a Dios, ni me preocupaba de su cuidado. Y lo hago, porque si contara alguna experiencia sucedida en el servicio a Dios, algunos podrán suponer: ¡Claro! ¡Por supuesto que lo va a cuidar! Lo cuida porque está sirviéndole. Así que aquí va la historia...

Estaba de paso por la ciudad de Córdoba, en Argentina, y había dejado, por el día, mi equipaje en casa de Lidia Craviotto, la nieta del pastor Carlos Kozel. Esa noche debía seguir mi camino y tenía que tomar el ómnibus a las 9.30 de la noche.

Di algunas vueltas por la ciudad, visité amigos, y cuando ya era tiempo para salir, regresé

DIOS EXISTE...

a buscar mis cosas para viajar. Llegué cuando el sol se había puesto –cerca de las siete- y como no había nadie en casa, esperé en la puerta del edificio. Comenzó a pasar el tiempo, y al ver que la hna. Lidia no llegaba comencé a ponerme nervioso.

Me puse a estudiar cómo podría sacar mis cosas de adentro, pero no veía la forma. Cabe acotar que el departamento se encontraba en la planta baja, así que podía tener acceso a una puerta que daba al garaje y otra hacia el frente. También las ventanas estaban a mi alcance, pero todo estaba bien cerrado.

Repentinamente, recordé que la puerta interior que daba al patio, había quedado un poco abierta, para que el perro pueda salir si tuviera necesidad. Pero la única forma de acceder por allí, aparte de desde adentro de la casa, era bajando desde la azotea de este edificio de tres pisos.

Cuando ya se estaba acercando la hora que debía partir resolví que tenía que entrar de alguna manera. Sin pensarlo mucho, estudié el frente del edificio y me di cuenta que podría escalarlo por la parte del frente y luego en la azotea vería la forma de bajar.

Así lo hice, y trepándome por los balcones, llegué hasta la azotea. Estando allí, vi que no po-

dría hacer lo mismo para bajar, ya que la pared era lisa, y las únicas aberturas eran las ventanitas de los baños, que estaban muy distanciadas entre sí.

Entonces, se me ocurrió desatar todas las cuerdas para tender la ropa que allí había y las até entre sí, logrando una larga cuerda de plástico para bajar. Hice una primera prueba para probar la resistencia, y como vi que soportaba el esfuerzo, decidí bajar.

Comencé dando una primera bajada hasta la ventanita del baño del segundo piso.

Allí traté de hacer descansar mis manos, porque las sentía calientes, pero alguien encendió la luz del baño así que rápidamente salí de allí y seguí bajando. Pero mis manos no podían soportar todo el peso tomándome sólo de una delgada cuerda así que el descenso fue veloz y en un instante estuve en el patio de la planta baja.

Ya estando adentro, abrí la puerta que da al interior del edificio, subí a la azotea, recogí, desaté la cuerda y la dejé allí.

Cuando fui al baño a enfriar mis manos con agua fría, me di cuenta que la cuerda me había quemado en varias partes, y otras estaban muy rojas.

Mientras estaba en eso, llegó mi amiga y, por supuesto, se asustó muchísimo cuando se en-

DIOS EXISTE...

contró con las luces prendidas del departamento. Lo primero que pensó es que había ladrones en su casa.

Tomó coraje y entró al departamento. Cuando la saludé, se quedó más tranquila, pero inmediatamente saltó la pregunta: «¿Cómo entraste?».

Cuando le conté, no lo podía creer. Me dijo: «¿Estás loco? ¿Cómo pudiste hacer algo así?». Pero yo, sin ningún problema. Me parecía totalmente lógico y natural.

Hoy, cuando recuerdo esa historia, pienso: «¿Qué tenía en mi cabeza en ese entonces?». ¡Cuántas cosas podrían haber sucedido!

Alguien podría haberme visto subir por el frente del edificio, pensar que es un ladrón y dispararme con un arma.

Podría haberme resbalado en alguno de los saltos que daba para agarrarme del piso siguiente superior.

Alguien podría haberme encontrado en la azotea y llamar a la policía.

Podría haberse cortado la soga y caído al duro piso. Podría haberme quebrado algunos huesos o muerto.

Sin embargo, nada de esto pasó. Ni tampoco yo aprendí nada, como se darán cuenta cuando

conozcan las otras experiencias que tengo para contarles (cuando salté a un tren en movimiento; cuando viajé colgando del tren; en las noches del carnaval de Brasil en la playa entre drogas; y también muchas otras más sirviendo a Dios).

Sólo puedo agradecer que Dios puso su mano para protegerme. Hoy me pregunto: «¿cómo es posible que Dios tomara tiempo para cuidarme, cuando yo no lo tenía en cuenta, ni tampoco estaba en mi mente servirle de ninguna manera?».

Mis caminos no conducían a Dios precisamente, sino a la muerte. Sin embargo, cuando miro hacia atrás, puedo ver a lo largo del camino, la mano protectora y poderosa de Dios.

Esto me hace recordar un párrafo del libro Patriarcas y Profetas en la pág. 475, que dice: *«¡Qué poco saben los israelitas de lo que está ocurriendo tan cerca de ellos! ¡Qué poco saben del cuidado de Dios, que los cobija de día y de noche! ¡Cuán embotada tiene la percepción el pueblo de Dios! ¡Cuán tardos han sido sus hijos en todas las edades para comprender su gran amor y misericordia! Si tan sólo pudieran discernir el maravilloso poder que Dios manifiesta constantemente en su favor, ¿no se llenarían sus corazones de gratitud por su amor, y de reverencia al pensar en su majestad y poder?».*

DIOS EXISTE...

¡Doy gloria a Dios por abrirme los ojos y poder reconocer que ha sido su bondad la que me ha sostenido hasta ahora!

Comparto otro texto acerca del cuidado de Dios para con sus hijos, que me hace comprender mejor por qué he sido protegido. Veamos primeramente Salmos 94:14: *«Porque no abandonará Jehová a su pueblo, ni desampará su heredad»*. Es una hermosa promesa, y si Dios es el que está prometiendo, podemos estar seguros que todo lo que dijo lo cumplirá fielmente.

En libro *Alza tus ojos*, en la página correspondiente al 16 de diciembre, podemos encontrar estos hermosos párrafos: *«El Dios del cielo está en comunicación con los habitantes caídos de este planeta. No se despreocupa de nuestro mundo ni de la variedad de asuntos que lo afectan. En su Palabra se lo representa como inclinado hacia la tierra y sus habitantes, los cuales son engañados y molestados por los instrumentos satánicos. Dios escucha cada palabra que se pronuncia»*.

¡Qué maravillosa escena es poder imaginarnos a Dios inclinado hacia la tierra, conociendo cada situación y escuchando cada palabra! Mejor que cualquier satélite de comunicaciones, que pueda recibir y transferir millones de llamados por minuto.

Leamos los textos de Éxodo 3: 4-6, donde luego que Moisés se acerca a ver qué sucedía con la zarza que ardía y no se consumía, Dios le dice: *«No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es. Y dijo: Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios».*

Destaquemos a continuación las palabras del Señor, en los versículos 7 y 8: *«Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos de mano de los egipcios».*

¿Estaba el pueblo de Israel en Egipto preparado para encontrarse con Dios? ¿Le estaban sirviendo de continuo? Más aún, ¿Se recordaban de Dios? Sin embargo, podemos seguir leyendo las maravillosas palabras que siguen a continuación en el mismo capítulo del libro Alza tus ojos.

«El Señor no se despreocupa de su pueblo, y castigará y reprenderá a cualquiera que lo oprima. Escucha cada gemido; oye cada oración; observa los movimientos de cada uno; aprueba o condena cada acción. Al Señor del cielo se lo

DIOS EXISTE...

representa como levantando al caído. Es el Amigo de todo el que lo ama y honra, y castigará a cuantos se atrevan a apartarlos de los senderos seguros, colocándolos en situaciones angustiosas cuando ellos tratan conscientemente de guardar el camino del Señor y de alcanzar las moradas de los justos...».

¡Qué maravilloso es imaginar que el brazo del Todopoderoso se acerca para que aquel que se encuentra caído pueda asirse firmemente y levantarse! ¿Quién puede medir o anticipar el don de Dios? Por las edades, el pecado interrumpió el flujo divino de la benevolencia hacia el hombre, pero la misericordia y el gran amor manifestados a la raza caída no han cesado de acumularse; no han perdido su dirección hacia la tierra... Dios vive y reina, y en Cristo ha derramado sobre el mundo un diluvio sanador. Nuestro Salvador hizo plena provisión para los hombres.

¡Claro que sí! El sólo hecho de pensar en lo que fue capaz de hacer y padecer Jesucristo por causa del pecado, nos muestra que no se ha dejado de hacer nada de lo necesario para nuestra salvación.

*Por eso, en el libro *Dios nos cuida*, en la lectura correspondiente al 17 de agosto, se nos muestra que «...la iglesia es el objeto del más*

tierno amor y cuidado de Dios. Si los miembros se lo permiten, revelará su carácter por medio de ellos». No sólo hizo algo maravilloso por nosotros, sino que también quiere realizar algo en nosotros, si se lo permitimos. Y este «algo», no es nada más ni nada menos que revelar su carácter en nuestras vidas. ¿Se lo permitiremos...?

Así, podemos ver cómo Dios quiere obrar por medio de su iglesia y también la importancia y el cuidado de Dios que tiene por ella, como leemos en el libro *Cada día con Dios*, del 12 de junio: «...Les digo, mis hermanos, que el Señor tiene un cuerpo organizado por medio del cual obra. Puede haber más de media docena de Judas entre ellos; puede haber algún Pedro apresurado que, al ser sometido a prueba, sea capaz de negar a su Señor; puede haber personas como Juan, a quien Jesús amaba, pero con tal celo que pueden estar dispuestos a destruir vidas humanas clamando que descienda fuego del cielo para vengar un insulto dirigido a Cristo y a la verdad. Pero el gran Maestro trata de dar lecciones y de instruir para corregir estos males».

Algunas veces, podemos llegar a pensar que Dios no está dirigiendo a su iglesia, cuando vemos alguna situación como la recién mencionada. Pero sólo recordemos a Jesús ¿Se desanimó

DIOS EXISTE...

por el tipo de personas que componían esa iglesia primitiva de 12 miembros? Si recordamos las características sobresalientes de cada uno, veremos que ninguno se destacaba por ser un «buen cristiano».

Sin embargo, Jesús siguió confiando en ellos. Les dijo «ustedes son la luz del mundo», «la sal de la tierra», y con estas palabras, expresó su firme esperanza, que, aunque no se pudieran ver estas características de manera exterior en cada uno de ellos, Él sabía que el Padre Celestial dirigió, dirige y seguiría dirigiendo a su iglesia, y que, con la ayuda del Espíritu Santo, serían transformadas sus vidas y llegarían a ser lo que Jesús dijo que eran.

Tal vez también pensemos: ¡Claro! ¡Ellos sí que vivieron experiencias espectaculares! O tal vez, recordando la historia que les relaté al principio, puedas pensar: ¡Yo nunca he tenido una experiencia semejante! ¡Jamás hice ninguna de esas locuras, como para darme cuenta que he sido sostenido por el cuidado y el poder de Dios! Tal vez sea así. Pero estoy seguro que si miras hacia atrás en tu vida, encontrarás uno o varios momentos en los cuales puedes estar seguro que Dios te salvó la vida.

Si aún así no puedes encontrar algo que te muestre la presencia de Dios en tu vida, déjame

compartir las palabras de Mayordomía Cristiana, pág. 20:

«A cada instante somos sostenidos por el cuidado de Dios y por su poder.

- *El pone alimento en nuestras mesas.*
- *Nos proporciona un sueño pacífico y reparador.*
- *Cada semana nos da el día sábado para que reposemos de nuestras labores temporales y lo adoremos en su propia casa.*
- *Nos ha dado su Palabra para que ésta sea como una lámpara para nuestros pies y una lumbrera en nuestro camino. En sus páginas sagradas encontramos sabios consejos;*
- *y tantas veces como elevamos nuestros corazones hacia él en penitencia y con fe, él nos concede las bendiciones de su gracia.*
- *Pero por encima de todo se destaca el don infinito que Dios hizo al dar a su Hijo amado, por medio de quien fluyen todas las demás bendiciones para esta vida y para la vida venidera».*

¿Encontraste motivos para agradecer a Dios?
¿Te alegras por los beneficios de Dios para contigo?

¿Sabes? *«El agradecimiento, la alegría, la benevolencia, la confianza en el amor y en el cui-*

DIOS EXISTE...

dado de Dios, constituyen la mayor salvaguardia de la salud». Ministerio de Curación, pág. 215.

¿Quieres tener salud? ¡Entonces sigue este sano consejo!

¡Cuánto nos ha dado Dios! ¡Con cuánto amor nos ha rodeado! Mi alma no puede dejar de exclamar las mismas palabras de David expresadas en los Salmos 113:5, 6; 139:7-10 y 139:2-6.

*«¿Quién como Jehová nuestro Dios,
Que se sienta en las alturas,
Que se humilla a mirar
En el cielo y en la tierra?»
«¿A dónde me iré de tu Espíritu?
¿Y a dónde huiré de tu presencia?
Si subiere a los cielos, allí estás tú;
Y si en el Seol hiciere mi estrado,
He aquí, allí tú estás.
Si tomare las alas del alba
Y habitare en el extremo del mar,
Aún allí me guiará tu mano,
Y me asirá tu diestra».
«Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme;
Has entendido desde lejos mis pensamientos.*

... y lo he experimentado

*Has escudriñado mi andar y mi reposo,
Y todos mis caminos te son conocidos. . .
Detrás y delante me rodeaste,
Y sobre mí pusiste tu mano.
Tal conocimiento es demasiado
Maravilloso para mí;
Alto es, no lo puedo comprender».*

«Vivamos en estrecha comunión con Dios. El gozo del cristiano consiste en un sentido del amor y el cuidado de Dios por sus hijos, y en la seguridad de que no los dejará solos en sus debilidades». En lugares celestiales, pág. 76.

En esto puedes confiar con seguridad. Encomienda a Dios tu vida.

Permítele que pueda guiarte, por donde tú no conoces.

Él sabe lo que es mejor para ti, porque conoce el fin desde el principio.

Háblale cada día desde lo más profundo de tu corazón.

Dile todo, inclusive, tu falta de fe.

Pídele su Espíritu Santo y un día podrás mirar hacia atrás y decir: «Puedo ver que en el camino de mi vida, Dios puso su mano muchas veces sobre mí, mas desde que confío en Él como mi

DIOS EXISTE...

mejor amigo, veo que me ha tomado en sus brazos».

Dios te bendiga y te guarde. Haga resplandecer su rostro sobre ti y tenga de ti misericordia. Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz.

*Experiencia vivida por
Rodolfo Murua
(Argentina)*

Atrapado por una serpiente

Siendo misionero, allá por el año 1975, me encontraba de gira por la selva de Tingo María, hacia el oriente del Perú. Iba con otro hermano de la iglesia y nos dispusimos a acercarnos a la orilla del río, que por esos lugares de la selva le llaman «playa».

El nombre del río es Huallaga, afluente del Amazonas. El Huallaga desemboca en el río Marañón y unido a éste se vuelven a unir con el Ucayali y de esta forma tiene lugar la formación del gran Amazonas, el río más caudaloso del mundo.

Mi compañero y yo íbamos con el objetivo de realizar visitas misioneras. En esos momen-

DIOS EXISTE...

tos salió una serpiente de un monte; tenía una dimensión de unos tres metros y un diámetro de unos 30 centímetros.

Mi compañero me dijo: «Quédate tranquilo y no te muevas».

La serpiente vino hacia mí y comenzó a enrollarse en mi cuerpo, me quedé totalmente paralizado y aminorando al máximo la respiración.

En absoluto silencio, elevé una oración al Señor. Durante cinco minutos, que me parecieron una eternidad, la serpiente estuvo enrollada a mi cuerpo y pude sentir el calor de su cuerpo así como una ligera presión en mis piernas abdomen y tórax.

Por unos momentos pasó por mi mente toda mi vida y le pedí perdón al Señor por mis pecados; sabía que en cualquier momento aquel animal podía matarme, nunca me he sentido más cerca de la muerte. ¡Oh, cómo se eleva el alma al cielo en procura de auxilio en estas ocasiones!

Yo no me podía mover, porque si lo hacía la serpiente me hubiese mordido, y como era venenosa, la muerte era segura.

Después de los cinco minutos se desenroscó y se fue tranquila por el mismo lugar por donde había venido. Le di gracias a Dios por haber cuidado mi vida.

Unos tres años más tarde de haber vivido esta experiencia, siendo todavía misionero, me hallaba caminando por una selva virgen de Pucalpa, Departamento del Perú, zona del oriente, me dirigía a visitar un grupo de unos veinte hermanos que vivían muy al interior de la selva, en un poblado llamado Aguaytia.

El camino era muy angosto y era conocido por los lugareños por el nombre de «trocha». Iba solo y debía caminar unas tres horas para llegar a mi destino. Oraba mucho al Señor porque el lugar albergaba a muchas especies de serpientes venenosas.

A medida que avanzaba observé que las serpientes cruzaban por mi camino. Habían diferentes especies.

Una se llamaba «mantona», muy venenosa por cierto, y de un metro y medio de largo.

Yo sabía que su mordedura era mortal, ya que tenía la referencia de varias personas mordidas por esta especie y ninguna de ellas se había salvado. Es de suponer que tuviera bastante miedo. Caminaba con mucha prudencia y orando a Dios con todas mis fuerzas. Otras especies de serpientes se cruzaban por mi camino y también eran venenosas, como la «Gergona».

Durante las tres horas que duró la travesía, decenas y decenas de reptiles cruzaron por de-

DIOS EXISTE...

lante y detrás de mí, pero el Señor tapó sus bocas y no me dañaron en absoluto. Recordé la promesa bíblica que dice: «*Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré; le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre. Me invocará, y yo le responderé; con él estaré yo en la angustia; lo libraré y le glorificaré. Lo saciaré de larga vida, y le mostraré mi salvación*» (Sal. 91:14).

Por fin llegué a mi destino sano y salvo y por supuesto, muy agradecido al Señor que me había cuidado una vez más en el camino.

Después de más de veinticinco años, continúo trabajando en la obra de Dios, como pastor consagrado y sigo abrazando la bendita esperanza de ver regresar a Jesús en las nubes de los cielos, para irme con él, junto con todos los redimidos de todos los tiempos.

*Experiencia vivida por
Basilio Fernández
Perú*

La oración abrió los cielos

En el país de Filipinas, habiendo organizado la primera iglesia en la capital (Manila), viajamos mi esposo, que en aquel momento ya era ministro del evangelio, y yo, a diferentes islas del país, entre ellas llegamos a una isla pequeña, donde había un simpatizante del mensaje.

En aquella isla no existía río alguno, ni vertiente de agua, ni fuentes, solamente tomaban agua de lluvia; pero el tiempo en que llegamos nosotros no era tiempo de lluvia, faltaban como dos meses para que lloviera.

Durante los viajes de una isla a otra, y al realizar las visitas por la selva, la ropa se ensucia-

DIOS EXISTE...

ba y cuando llegamos a nuestro destino, como tenía una bolsa llena de ropa sucia, siempre la lavaba, mientras tanto mi esposo predicaba a las almas que se reunían.

En esta ocasión comencé a lavar la ropa gastando agua pródigamente, sin saber que solamente les quedaba un poco de agua en el último tanque grande. Este resto de agua era para beber y cocinar.

Tal y como dije anteriormente, en esta isla recogían agua cada vez que llovía y aprovechaban de forma concienzuda hasta la última gota.

Yo lavé y lavé sin percatarme que estaba acabando el suministro de agua, cuando de repente salió la dueña de la casa donde mi esposo estaba predicando, al darse cuenta de la situación llamó al intérprete y nos explicó que habíamos terminado sus últimas provisiones de agua y que toda la isla se había quedado sin suministro.

El intérprete me llamó la atención y me dijo que todos morirían de sed porque el tanque estaba vacío, entonces caí en un estado de gran preocupación. No obstante le dije: «Vamos a orar porque sé que el Señor nos va a ayudar y no va a permitir que todos los habitantes de la isla se mueran de sed».

Enseguida nos arrodillamos juntamente con los creyentes, todos con fe y devoción y de for-

ma repentina se escucharon truenos, densos nubarrones negros lo oscurecieron todo y comenzó a llover a mares.

Terminada la oración, salimos y vimos el milagro de Dios: todos los tanques de la isla estaban llenándose. En poco tiempo rebosaron y de pronto salió el sol y todo volvió a ser como unos minutos antes, a excepción que ahora había agua para mucho tiempo y nadie tenía que preocuparse.

Sin perder tiempo fui a enjuagar mi ropa con el agua que se derramaba de los depósitos. Toda la gente de aquella isla, adultos, niños y ancianos, vinieron para saber algo más en relación al milagro que Dios había hecho, entonces mi esposo aprovechó para predicarles a todos el mensaje de salvación.

La reacción de los oyentes fue maravillosa, se convencieron y convirtieron y dieron gracias a Dios porque a ellos también había llegado las buenas nuevas.

Cuando en otras ocasiones visitamos a los que ya eran nuestros hermanos en esta isla, antes de llegar orábamos fervientemente al Señor para que hiciera descender lluvia del cielo a fin de abastecer a nuestros queridos hermanos del preciado don, y de forma extraordinaria ocurría siempre el milagro: llovía cuando llegábamos.

DIOS EXISTE...

De esta forma los hermanos se acostumbraron a ver llover cada vez que llegábamos y así podíamos influir más positivamente en sus vidas y mostrar de forma práctica el gran amor de Dios que siempre está dispuesto a escuchar nuestras oraciones elevadas con fe.

Siempre nos acordamos por las ricas y grandes bendiciones que el Señor nos ha dado en diversas maneras, estando mi esposo y yo en Filipinas y aun en otros países donde hemos trabajado.

Le agradezco mucho a nuestro buen Dios por todas sus bondades y misericordia a favor de nosotros.

*Experiencia vivida por
Lidia de Pizarro
Perú*

El anciano misterioso

Un día de sábado fui con mi esposo Augusto a Setúbal (Portugal), a pasar el sábado con los hermanos de la iglesia.

Al regreso, teníamos que bajar del metro en la parada que había que tomar otro tren para ir a Sintra, que era donde vivíamos en aquel entonces. Mi esposo estaba al lado de la puerta de salida, y yo, un poco más atrás.

El tren se detuvo, se abrió la puerta y mi esposo bajó, cuando yo me dispuse a bajar, la puerta se cerró automáticamente y me quedé dentro.

El tren se puso en marcha y no pude hacer nada, así es que me apeé en la siguiente estación, pero no sabía qué hacer. Una señora me aconsejó que cruzara al otro lado y que tomase

DIOS EXISTE...

nuevamente el tren que iba en sentido contrario para bajarme en la parada donde se había bajado mi esposo; pero temía hacer esto, porque yo no sabía la lengua del país, hacía poco que habíamos llegado y me resultaba difícil desenvolverse sola. Además, pensé, tal vez me pase de estación.

De esta forma, decidí ir a pie en dirección hacia la parada anterior. Fui hacia una avenida grande que había paralela a la vía del tren y deseaba cruzarla, pero había mucho tráfico y era peligroso.

Así, de pie y sintiéndome impotente, cerré mis ojos y elevé una oración al Señor en busca de auxilio.

Al abrir mis ojos vi a un anciano pequeño, con su tez de color pálido. Vestía un traje (o terno) de dril crema y camisa blanca. Me miró fijamente y me dijo: «Te llevaré donde está tu esposo».

Para mí fue algo extraño, ya que yo no conocía de nada a aquel hombre, y ni siquiera había mantenido una conversación previa con él, por lo que comencé a tener miedo.

«Tenemos que cruzar esta avenida», me insistió, haciendo mención de que le siguiese. «Espere -le dije- tengo que indicarle en qué parada está mi esposo».

Pero al anciano no parecía preocuparle esto porque me contestó: «No se preocupe, yo sé donde está tu esposo, vamos rápidamente a encontrarlo».

Cuando cruzamos la avenida le pregunté a un policía de servicio, a fin de comprobar si aquel anciano me iba guiando bien o por el contrario era un malhechor, si iba bien en esa dirección para la parada de tren llamada Rosio. El agente me dijo que era correcto el camino. Así es que decidí confiar en mi guía.

«Apúrate, no pierdas tiempo», me dijo el anciano, haciendo un ademán con la mano en señal de prisa. «Tu esposo se puede ir a otro lugar, ¡apúrate!», insistía.

Nuevamente encontré a otro policía y para cerciorarme de que iba en la correcta dirección, volví a hacer la misma pregunta: «¿Es este el camino para la estación del Rosio?».

El policía me contestó afirmativamente y esta respuesta me ayudó a confiar más en aquel misterioso benefactor que insistía en que me diera prisa y le siguiese.

Por fin llegué con el anciano a la parada de metro donde me había separado de mi esposo, pero no le vi, entonces el anciano me dijo: «Quédate aquí, no te muevas, espéralo porque él regresa. Yo voy a buscarle».

DIOS EXISTE...

De forma instintiva le dije: «¡Espere, señor! Mi marido viste pantalón azul, camisa blanca y lleva un maletín en la mano y su saco (chaqueta) en el brazo...».

La respuesta del anciano fue: «Lo sé, lo sé, lo sé», y se fue. Al momento, me di la vuelta y vi que mi esposo llegaba.

Enseguida le dije: «Vamos, Augusto, para darle las gracias al anciano que me trajo hasta aquí». Le buscamos por todas partes y no lo encontramos, había desaparecido. En ese instante me di cuenta que bien podía ser un ángel.

Cuando se lo conté a algunos hermanos me dijeron lo mismo. Otra de las cosas que me impresionó posteriormente fue el recordar que aquel anciano en todo momento me habló en español, mi propia lengua, en un país donde se habla el portugués.

*Experiencia vivida por
Lidia de Pizarro
Perú*

Tomado de la cola de una mula

Cuando llegué a Colombia por primera vez, tenía la intención de llevar el conocimiento del mensaje de salvación; el Movimiento de Reforma Adventista todavía no se conocía y comencé a preguntar por hermanos adventistas. Un señor me dijo que conocía uno que vivía lejos y que para ir a su encuentro debía viajar con mula y cruzar un río grande. Me dio anotado en un papel el nombre del hermano adventista y su dirección, a la par que me dijo: «Si cae de la mula mientras cruza el río, agárrese fuertemente de la cola del animal, no se suelte. La mula, llevada por su instinto, saldrá del agua y usted con ella».

DIOS EXISTE...

Después de haber preparado mi escaso equipaje, emprendí mi camino montado a lomos de una mula.

Una vez llegado al río mencionado, me dispuse a cruzarlo y estando dentro de él, la mula se tambaleó y yo caí al agua.

Recordé las palabras de aquel hombre: «Agárrese de la cola del animal, no se suelte...». Así lo hice y por fin la mula llegó a la otra orilla y pude cruzar el río.

Busqué la dirección que llevaba y desgraciadamente me di cuenta que la había perdido al caerme en el río.

Tanto esfuerzo y sacrificio, ¿para qué? -me dije a mí mismo. Ahora tenía que regresar sin haber alcanzado mi objetivo.

Pero pensé que Dios me podía ayudar, como lo había hecho en otras muchas ocasiones, y elevé una oración sincera y profunda al trono de la gracia en procura de auxilio.

Cuando abrí mis ojos, estaba a mi lado un jovencito que llevaba un vestido blanco. El me dijo: «¿Usted busca al señor...?». Le contesté que sí y entonces me invitó a anotar su nombre y dirección.

Cuando terminé de escribir, alcé mi vista para agradecerle a mi benefactor y el joven ya no estaba allí, había desaparecido literalmente.

... y lo he experimentado

La dirección que llevaba anotada era la misma que había escrito en el primer papel que perdí, así también el nombre de la persona.

Cuando encontré al hermano adventista, le pregunté si por ese lugar vivía un joven de las características del que me había ayudado.

La respuesta fue negativa: «Por estos lugares no vive nadie que responda a esa descripción». Entonces reconocí que el ángel del Señor me había dado la dirección.

La sierva del Señor nos confirma que en muchas ocasiones y de muy diversas maneras, los ángeles de Dios toman forma humana y dialogan con los que realizamos la obra del cielo: *«Estos seres celestiales son ángeles ministradores que frecuentemente se nos aparecen en forma de seres humanos, y como extraños conversan con los que están dedicados a la obra de Dios. Han sido los compañeros del viajero en peligro en lugares solitarios. En los barcos sacudidos por la tempestad han dirigido palabras que han disipado el temor y han inspirado esperanza en la hora de peligro. Muchos bajo distintas circunstancias, han escuchado voces de habitantes de otros mundos».* (RH 22-11-1898; HHD, 39).

Hablé larga y tendidamente con aquel hermano y aceptó el mensaje bíblico que predica la iglesia Adventista del Séptimo Día Movimiento

DIOS EXISTE...

de Reforma, llegando a ser un colaborador fiel dentro de las filas de la iglesia. Así se extendió el mensaje en ese campo y en Tolima y otros lugares de Colombia.

El Señor siempre me ayudó de una manera especial y me bendijo y cuidó de todo mal. A Él sea la alabanza, y la gloria por todos los siglos. Amén.

*Experiencia vivida por
Carlos Kozel
Argentina*

Nos atacaron con piedras

Nací en la ciudad de Cerro de Pasco (Perú) en el año 1939, en el seno de una familia humilde. Eramos cinco hermanos y yo era la segunda.

Vivíamos de la agricultura y los tiempos eran difíciles. Tristemente, todos los hermanos nos tuvimos que separar a una corta edad y cada uno se fue a un lugar con parientes o amigos a trabajar, ya que mi padre había fallecido y mi madre no nos podía mantener a todos.

La separación fue dolorosa, especialmente para mi madre, quien vio con mucha pena como se desmembraba su hogar.

DIOS EXISTE...

Nuestra educación fue católica y desde la niñez nos iniciamos todos los hermanos en las prácticas, costumbres y creencias del catolicismo.

El culto a las imágenes de los santos, así como distintas tradiciones de la iglesia, estaba bastante arraigado en nuestra cultura y por eso participábamos en todas las festividades señaladas, como carnavales, llamados también «Compadres», en la que iban los jóvenes solteros y solteras a un alto cerro a ofrecer una misa en honor de la cruz de la Encarnación.

Después de la misa se ofrecían bebidas alcohólicas, tabaco y diversas comidas. La banda musical del pueblo amenizaba la velada y todos los jóvenes bailaban durante la tarde. Tanto hombres como mujeres, bebían y fumaban en abundancia hasta llegar a la embriaguez.

Al caer el sol, regresaban al pueblo y continuaba la fiesta durante la noche. Los hombres, en su borrachera, tomaban a la fuerza a aquella muchacha que les gustaba o que habían pretendido durante el año sin haber tenido éxito. Y así lograban casarse, aunque no hubiese amor de parte de la mujer, porque lo más importante era cubrir el honor mancillado en esa noche.

Las peleas eran habituales y hasta incluso alguno, de vez en cuando, moría. Pero a pesar

de todo, la fiesta continuaba su rumbo todos los años, siendo la iglesia la que hacía la apertura de esta celebración, hasta el día de hoy.

Para cada oficio había un santo, por ejemplo San Santiago, era el patrón de los animales. Había otro santo al que se rendía culto como patrón de las caídas y los golpes y si te encomendabas a él, la creencia era que no te caías o te librabas de golpearte.

Mi familia era muy devota del Señor de los Milagros. Cada año, en el mes de octubre, mi madre nos vestía con una túnica de color morado con un cordón en la cintura y por un mes íbamos vestidos así. Teníamos que asistir a la misa con bastante regularidad y debíamos llevar una vela. En las procesiones todos los niños portábamos un incensario pequeño.

En Semana Santa, la costumbre era ponernos de luto con prendas oscuras y si alguno desobedecía, era llevado al calabozo o la cárcel del pueblo. Para poder salir, los familiares pagaban una multa, cuyo monto dependía de la gravedad de la falta cometida, ya que algunos no solamente se negaban a vestirse de luto, sino que también bebían alcohol y en esos días estaba prohibido. Con unas cuantas botellas de aguardiente que se le regalaban al gobernador, el problema quedaba zanjado.

DIOS EXISTE...

Lo santo y lo profano se mezclaba en todos los rituales y fiestas que vivíamos y a veces, una gran carga pagana y espiritista, envolvía ciertas costumbres que se practicaban en el pueblo, como la de «leer la coca», que consistía en coger entre las manos unas cuantas hojas de coca; después de hacer un rezo, abrían las manos y dependiendo como habían quedado situadas las hojas y la forma de estas, así descifraban un mensaje u otro para el demandante, que por cierto en aquel entonces eran muchos.

Volviendo al tema de la separación de mis hermanos, a mi me tocó ir a Lima, a casa de una amiga de mi tía, donde trabajé desde los nueve años hasta los dieciséis, que fue cuando regresé al pueblo, donde mi madre y familiares de ella me obligaron a casarme con alguien a quien no amaba; lo importante para mi familia era unirme con una persona de dinero y de buena reputación social, los sentimientos no importaban.

A los cuatro años murió mi esposo y teniendo yo veinte años, me vi con dos niñas y una que venía de camino. Dos años más tarde conocí al que llegaría a ser mi esposo y con el que tendría siete hijos más. El era un hombre bueno y asumió la responsabilidad de mis primeras tres hijas, así como de nuestros hijos, diez en total.

La vida discurrió con sus altos y bajos, como cualquier familia humilde, sustentándonos del trabajo de mi esposo que era maestro y del fruto de mi trabajo en un pequeño restaurante donde también daba pensión a los colegas de mi esposo y a otras personas.

Después de quince años, decidimos ir a vivir a Hualhuas (Huancayo), con los padres de mi esposo, para asegurar la educación y el progreso de nuestros hijos, ya que en Cerro de Pasco no habían muchas perspectivas de futuro.

Fue en este justo momento cuando comienza una serie de acontecimientos que marcaron mi vida y la de mi familia; acontecimientos de tal naturaleza que solamente pueden ser creídos porque hubo muchas personas involucradas que dan testimonio hasta el día de hoy.

Al llegar a la casa de mis suegros fuimos recibidos con alegría por toda la familia. Mi esposo, no obstante, quedó en Cerro de Pasco trabajando hasta lograr su traslado. Mientras tanto nos visitaba periódicamente.

Unos tres meses, después de haber llegado, y siendo sobre las cuatro de la tarde, estando tomando el lonche (la merienda) con un sobrino que había venido a visitarnos, de pronto alguien de afuera lanzó una piedra sobre nuestro tejado donde rebotó para ir a parar en la nariz de mi

DIOS EXISTE...

sobrino. Todos nos asustamos y creímos que se trataba de niños traviesos que jugaban en la calle. La nariz de mi sobrino se rompió y sangró mucho. Fuimos a un centro médico a que lo curasen.

Ese día nos retiramos temprano a dormir como era habitual entre nosotros, y estando todos mis hijos y yo en el cuarto que nos habían cedido para habitar, escuchamos un fuerte golpe en la puerta. Rápidamente la abrí y no vi a nadie, sólo una piedra en el suelo frente a la puerta.

Nos asustamos mucho, pero tratamos de olvidarlo, diciéndonos a nosotros mismos que sería algún vecino que quería molestarnos.

Una media hora más tarde volvimos a escuchar otro golpe violento en la puerta, el cual nos asustó más. Entonces decidí comunicárselo a mis suegros que estaban en unas piezas contiguas. Ellos también habían escuchado, pero no le habían dado ninguna importancia. Estando junto a mis suegros, dos hijos suyos y mis hijos, volvimos a escuchar otro golpe, entonces salimos todos a la calle para ver quien estaba tirando las piedras y al no encontrar a nadie regresamos a dormir.

Esa noche olvidamos el incidente. Al siguiente día especulábamos sobre el posible origen del

incidente. Pensábamos que podría tratarse de delincuentes que nos estaban probando para ver si estábamos alertas o no. Ellos posiblemente querían robarnos los animales.

Otra teoría era que podrían haber sido jóvenes traviesos o vecinos que nos querían molestar.

Una vez llegada la tarde, serían las seis o seis y media, y estando con mis hijos en la pequeña pieza, volvimos a escuchar el mismo ruido de la noche anterior. Salimos y vimos otra piedra redonda, de color rojizo, similar a las primeras.

Cerramos la puerta y la aseguramos con el cerrojo. Yo estaba muy asustada y temiendo por la seguridad de mis hijos quienes lloraban sin consuelo.

Los golpes con las piedras siguieron repitiéndose durante esa noche cada media hora aproximadamente. Mi esposo no estaba en casa y yo no sabía qué hacer, sólo el llanto y el miedo me embargaban.

Lo curioso es que las piedras sólo caían en nuestra puerta y no en la de mis suegros y sobrinos que estaban a nuestro lado. Mis suegros llegaron a pensar que se trataba de algún pretendiente o amante mío, que había dejado en Cerro de Pasco y que me perseguía por haberme venido a Hualhuas.

DIOS EXISTE...

Durante toda esa semana se repetía a partir del atardecer este desagradable y desconcertante incidente, lo que nos obligaba a estar muy temprano cerrados en la habitación.

La segunda semana las piedras empezaron a caer también en los cuartos de mis suegros y sobrinos y esto hizo que se montara un turno de rondas para sorprender a los malhechores; pero lo curioso era que cuando la familia hacía la ronda (también estaba mi esposo que alertado por nosotros vino para ayudarnos) las pedradas eran más intensas y regulares, y a algunos de ellos les lanzaban una especie de grava o piedras pequeñas, pero no podían ver de dónde procedían. Asustados y nerviosos regresaban al cuarto de mis suegros y allí íbamos todos para conversar y estallábamos en llanto de impotencia, hombres, mujeres y niños, prisioneros de la incertidumbre y la desesperación.

Las rondas de vigilancia continuaron por más de dos semana, pero la situación no cambió en absoluto; las piedras venían de todas direcciones e iban a impactar en las puertas de la casa, pero sin tocar a ninguna persona; parecía que quien lanzaba esas piedras quería amedrentarnos para que nos fuéramos de ese lugar.

En vista de la situación, contratamos a dos policía para que investigaran la causa de este

desagradable asunto. Estando ellos de guardia también fueron testigos de la caída de las piedras, pero no pudieron ver a nadie. Lo que les extrañó mucho era la forma de las piedras.

Todas eran del mismo tamaño, redondeadas y de un color rojizo. Investigaron su procedencia y comprobaron que ni en el lugar donde vivíamos, ni por los ríos aledaños, había piedras semejantes, ni siquiera parecidas.

Ellos, por fin, en vista de que no podían dar con los responsables, desistieron y se retiraron diciéndonos que aquello era una obra de brujería.

Mis suegros aceptaron esta explicación como posible causa de todo lo que estaba ocurriendo. Revisaron con detalle el pasado y los incidentes que habían vivido con familiares y amigos y todo apuntó hacia una persona: el hermano único de mi suegro.

Por esas fechas precisamente, habían discutido acaloradamente y habían roto sus relaciones por cuestión de unos terrenos.

Esta conclusión fue confirmada por la aparición misteriosa, en la puerta principal, de un sapo vivo que tenía atada a su pata derecha un hilo rojo. Al siguiente día, mi suegro amaneció enfermo de su pierna derecha y prácticamente no podía caminar.

DIOS EXISTE...

Angustiados y desesperados, se recurrió a contratar los servicios de un brujo para que deshiciera el supuesto embrujo. Este hombre se quedó a vivir con nosotros por el espacio de un mes y cada día hacía sus prácticas para romper este maleficio, pero no surtió efecto, porque cada día ocurría el mismo incidente.

Un día, de forma inesperada, el techo de donde dormían los animales, se cayó encima de ellos, y aunque tenían heridas y golpes, no se murieron.

Lo extraño es que estas construcciones son fuertes y pocas veces pasan cosas así. La explicación que nos dio el brujo es que habían espíritus malos que nos estaban queriendo asustar porque había oro en la casa.

Entonces nos pidió el plano de la casa para ubicar el tesoro de forma exacta, claro está, con previo pago adicional, que era por cierto muy alto para ese tiempo. Pero a nosotros no nos importaba, lo que queríamos era terminar con aquella amargura.

Se hicieron diversas excavaciones en la casa, pero nunca se encontró nada. Otra de las cosas que nos dijo el brujo es que el espíritu de un muerto que supuestamente había sido enterrado en la casa, estaba realizando todas aquellas cosas.

Así es que nos sugirió que sacásemos todo el tejado porque suponía él que estaba allí su cuerpo. Pero esto tampoco dio resultado.

Por aquel tiempo vino una prima mía de la selva, se había enterado de los hechos y quería ayudarnos. Ella era una mujer valiente, de acción y decidida. Nada le daba miedo, especialmente porque estaba acostumbrada a los rigores de la selva.

Trajo un arma consigo con el objetivo de matar a los responsables de aquel «juego», ya que ella no creía que fuese una cosa sobrenatural. Así es que se sentó una tarde en un lugar estratégico con su revólver cargado.

Llegada la hora en la que siempre ocurrían los ataques con las piedras, todos estábamos en las habitaciones y alrededor de las siete de la noche, sentimos el ruido de una fuerte pedrada.

Todos gritamos y mi prima fue en busca de los responsables del mal, pero no veía a nadie, entonces quiso disparar varias veces al aire para asustarles y ocurrió algo curioso, su arma no funcionaba, estaba como encasquillada.

Mi prima comenzó a asustarse y esto nos sorprendió a todos, porque ella era una persona que no se acoquinaba ante ningún peligro.

Nunca le había ocurrido una cosa así con su arma y este hecho sorprendente le hizo pensar

DIOS EXISTE...

que tal vez nosotros teníamos razón, así es que al día siguiente se marchó para su casa, como huyendo de un incendio.

Los días transcurrían y nuestra desesperación e impotencia iba creciendo porque ni el brujo podía hacer nada para solucionar el problema, y por otro lado los incidentes aumentaban en intensidad.

Un día dos sobrinos míos entraron en casa como locos, subieron a una pared alta de dos a tres metros de altura y desde allí se lanzaron al suelo para volver a repetir la misma acción, parecía que querían autolastimarse.

Cuando se les logró tranquilizar, contaron que alrededor de las cuatro y media de la tarde, al retornar de sus labores en el campo, alguien que tenía su cara tapada, con un pañuelo rojo les había agarrado a los dos y tapándoles la boca les había drogado.

El miedo fue aún más intenso. Durante más de ocho meses vivimos un terror indescriptible, hasta que una noche, cansados y teniendo la sensación que nuestras fuerzas nos habían abandonado, comenzamos a desafiar a quien nos estaba haciendo tanto daño.

Entonces las piedras cayeron de manera constante y abundante, como nunca antes y ya eran de otras formas.

Al día siguiente tomé la decisión de retornar a mi lugar de nacimiento. Durante el día preparamos el equipaje, con la oposición de mi esposo, que quería quedarse para proteger a sus padres y cumplir con el propósito que nos había traído a Hualhuas, la de tener una vida más digna y holgada.

Mientras hacía las maletas, encontré una Biblia que me habían regalado unos creyentes mucho tiempo atrás y entonces recordé las palabras que me había dicho la señora que me la dio.

Vinieron a mi mente todas aquellas horas, días y meses de sufrimiento y terror y pude comprobar que nunca habíamos invocado el nombre de Dios.

Así es que esa noche reuní en torno a mí a mis hijos, quedando mi marido afuera haciendo la guardia con sus hermanos y sobrinos.

Entonces nos arrodillamos todos y yo estreché la Biblia entre mis manos y entonces oramos a Dios de una manera muy sencilla. Le hablé al Señor como si fuera una persona amiga y le conté todo lo que estábamos viviendo y la angustia que experimentábamos. Le pedí que actuara y nos ayudara librándonos de aquel tormento, que terminara con aquellos ataques porque Él, si era Dios, podía vencer al diablo, el verdadero autor de aquellos apedreamientos. Le dije que

DIOS EXISTE...

Él era nuestra única esperanza y que esperaba confiada en que todo iba a terminar. Mi oración desesperada se mezcló con lágrimas amargas y el sollozo mío y el de mis hijos.

Terminada la oración, me levanté, tomé una silla y coloqué la Biblia encima de ella de forma abierta y la dejé enfrente de la puerta.

Esa noche, por primera vez, después de ocho meses, no cayeron más piedras y pudimos dormir tranquilos. Al día siguiente comentamos a mi marido, cuñados y suegros lo que nos había ocurrido y quedaron sorprendidos, porque para ellos había sido la noche más terrible; por primera vez experimentaron mucho miedo porque las piedras iban en dirección a ellos, como para matarles.

Como ellos no nos creían, hicimos lo mismo durante una semana y nunca más cayeron las piedras, sin embargo a ellos sí les tiraban.

Yo seguía orando al Señor y colocando la Biblia en la puerta de mi habitación y nunca más volví a escuchar las piedras cayendo en nuestro cuarto y por el tiempo también mis familiares hicieron lo mismo: oraron y colocaron una Biblia en su puerta y así fue como terminó todo este calvario. Durante dos meses seguimos haciendo lo mismo y ya deshicimos las maletas y nos quedamos.

... y lo he experimentado

Tranquilamente buscamos otra casa donde nos mudamos. Después de dos meses llegó a nuestro hogar un misionero de la iglesia Adventista del Séptimo Día Movimiento de Reforma, quien nos trajo el mensaje de salvación.

Nuestro gozo fue inmenso y todos aceptamos el evangelio. Al poco tiempo algunos de mis hijos mayores y yo nos bautizamos y más tarde lo hizo mi esposo y los hijos pequeños; entonces comprendimos lo que había ocurrido.

El diablo había hecho de aquella casa su cuartel general. Este era su centro de operaciones de engaño, porque se reunían en ella los vecinos para realizar sesiones espiritistas, invocando a los espíritus de los muertos. Se oía la voz del espíritu y todos le consultaban acerca de asuntos triviales, de la vida, de los negocios, de asuntos sentimentales, etc.

En esa zona creían que los espíritus se comunican con los muertos y muchos vivían engañados por el diablo.

Cuando llegamos nosotros, como el diablo conocía tal vez mi inclinación a creer en el verdadero Dios, temía perder su fortaleza y nos quiso ahuyentar, asustándonos de aquella manera, pero Cristo venció y hoy en Hualhuas hay una iglesia donde nos reunimos muchos creyentes adventistas cada sábado, aguardando el regreso

DIOS EXISTE...

glorioso de nuestro Señor Jesucristo, liberados del engaño del maligno y sabiendo que le queda poco tiempo. Justamente el espiritismo es uno de los medios que Satanás usará en el último tiempo para engañar a las naciones.

Hará creer que los espíritus de los muertos se comunican con los vivos y que tienen mensajes especiales que darles. Haciéndose pasar por ellos, tomarán la forma de sus cuerpos e imitará el sonido de su voz, y como conoce todos los detalles de su vida, les referirá asuntos que solamente conocía el difunto y los vivos a quien se les aparece con el objetivo de pedirles, posteriormente que crean la mentira o que hagan algo en contra de la voluntad de Dios.

En el libro *«El Conflicto de los Siglos»*, se puede leer de forma amplia cuál es la obra del maligno: *«Después que Satanás ha hecho creer a esas personas que los muertos vuelven en realidad a comunicarse con ellas, hace aparecer a seres humanos que murieron sin preparación. Estos aseguran que son felices en el cielo y hasta que ocupan allí elevados puestos, por lo que se difunde el error de que no se hace diferencia entre los justos y los injustos.*

Esos supuestos visitantes del mundo de los espíritus dan a veces avisos y advertencias que resultan exactos. Luego que se han ganado la

... y lo he experimentado

confianza, presentan doctrinas que de hecho destruyen la fe en las Santas Escrituras. Aparentando profundo interés por el bienestar de sus amigos en la tierra, insinúan los errores más peligrosos. El hecho de que dicen algunas verdades y pueden a veces anunciar acontecimientos da a sus testimonios una apariencia de verosimilitud; y sus falsas enseñanzas son aceptadas por las multitudes con tanta diligencia y creídas tan a ciegas, como si se tratara de las verdades más sagradas de la Biblia.

Se rechaza la ley de Dios, se desprecia al Espíritu de gracia y se considera la sangre de la alianza como cosa profana. Los espíritus niegan la divinidad de Cristo y hasta ponen al Creador en el mismo nivel que ellos mismos. Bajo este nuevo disfraz el gran rebelde continúa llevando adelante la guerra que empezó en el cielo y que se prosigue en la tierra desde hace unos seis mil años.

Muchos tratan de explicar las manifestaciones espiritistas atribuyéndolas por completo al fraude y a juego de manos de los médiums. Pero, si bien es cierto que muchas veces se han hecho pasar supercherías por verdaderas manifestaciones, no deja de haber habido también manifestaciones de poder sobrenatural. Los llamamientos misteriosos con que empezó el espiritismo

DIOS EXISTE...

moderno no fueron resultado de la superchería o de la astucia humana, sino obra directa de ángeles malos, que introdujeron así uno de los engaños más eficaces para la destrucción de las almas.

Muchos hombres serán entrampados por la creencia de que el espiritismo es tan sólo una impostura humana; pero cuando sean puestos en presencia de manifestaciones cuyo carácter sobrenatural no pueda negarse, serán seducidos y obligados a aceptarlas como revelación del poder divino.

Estas personas no toman en cuenta el testimonio de las Santas Escrituras respecto a los milagros de Satanás y de sus agentes. No fue sino mediante la ayuda de Satanás que los nigromantes de Faraón pudieron imitar la acción de Dios. San Pablo declara que antes de la segunda venida de Cristo habrá manifestaciones análogas del poder satánico. La venida del Señor debe ser precedida de la “operación de Satanás, con todo poder, y con señales, y con maravillas mentirosas, y con todo el artificio de la injusticia.” (2 Tesalonicenses 2:9-10).

Y el apóstol San Juan, describiendo el poder milagroso que se ha de dar a conocer en los últimos días, declara: “Obra grandes prodigios, de tal modo que hace descender fuego del cielo

... y lo he experimentado

a la tierra, a la vista de los hombres. Y engaña a los que habitan sobre la tierra, por medio de las señales que se le ha dado poder de hacer.” (Apocalipsis 13:13-14). Lo que se predice aquí no es una simple impostura. Los hombres serán engañados dos por los milagros que los agentes de Satanás no sólo pretenderán hacer, sino que de hecho tendrán poder para realizar.

El príncipe de las tinieblas, que por tanto tiempo ha estado empleando los poderes de su inteligencia superior en la obra de engaño, adapta hábilmente sus tentaciones a los hombres de todas las clases y condiciones.

A las personas cultas y refinadas les presenta el espiritismo bajo sus aspectos más sutiles e intelectuales, y así consigue atraer a muchos a sus redes. La sabiduría que comunica el espiritismo es la que describe el apóstol Santiago, la cual “no es la que desciende de lo alto, sino terrena, animal, diabólica.” (Santiago 3:15).

Y esto es, precisamente, lo que encubre el gran seductor cuando el sigilo es lo que más conviene a sus fines. El que, vestido con el brillo de celestiales serafines, pudo aparecer ante Cristo para tentarle en el desierto, suele presentarse también a los hombres del modo más atractivo, cual si fuere ángel de luz. Apela a la razón por la presentación de temas elevados; deleita los sen-

DIOS EXISTE...

tidos con escenas que cautivan y conquistan los afectos por medio de imágenes elocuentes de amor y caridad. Excita la imaginación en sublimes arrebatos e induce a los hombres a enorgullecerse tanto de su propia sabiduría, que en el fondo de su corazón desprecian al Dios eterno.

Ese ser poderoso que pudo transportar al Redentor del mundo a un altísimo monte y poner ante su vista todos los reinos y la gloria de la tierra, presentará sus tentaciones a los hombres y pervertirá los sentidos de todos los que no estén protegidos por el poder divino» (El Conflicto de los Siglos, 608-610).

Sólo tengo palabras de gratitud para Dios que nos mostró su misericordia y su amor no permitiendo que el diablo nos destruyera. Querido lector te animo a que pongas tu vida en las manos de Aquel que es poderoso para socorrer al que es tentado (Hebreos 2:18).

*Experiencia vivida por
Olga Fashé
Perú*

Durmiendo en el Señor

El hno. Francisco Feliciano, era anciano con bendición de la iglesia de Hormigueros, Puerto Rico. Padre de nueve hijos. Su esposa también era miembro de iglesia y cinco de sus nueve hijos, llegaron a ser bautizados en la Reforma.

El hno. Francisco estuvo en la iglesia unos dieciocho años. Cuando se enfermó fue internado en el Hospital Bella Vista, en Mayagüez, Puerto Rico, hospital de los Adventistas del Séptimo Día. Por las noches se quedaba un familiar acompañando al hno. Francisco. Mi esposa y yo fuimos a visitarlo y lo acompañamos durante todo el día de sábado.

DIOS EXISTE...

Estudiamos juntos la escuela sabática y como segundo servicio meditamos acerca de los 144.000 y del privilegio que tendremos todos los que pertenezcamos a este grupo, porque si morimos antes de que venga el Señor Jesús, resucitaremos en la resurrección especial para unirnos a los que estén vivos, antes de la venida del Señor Jesús, tal y como nos dice la Palabra. Los que vivieron la fe del triple mensaje angélico y hayan muerto, resucitarán en esta resurrección especial, para vivir eternamente; pero los que hicieron el mal, resucitarán para ver a Cristo y volver a morir:

«No os maravilléis de esto, porque vendrá la hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz. Y los que hicieron bien, resucitarán para vivir, pero los que hicieron el mal, resucitarán para ser condenados» (Juan 5:28-29).

«Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión eterna» (Daniel 12:2).

Posteriormente tendrá lugar la resurrección de todos los salvados desde Adán hasta el fin y ambos grupos se unirán para ir al encuentro del Señor en el aire y emprenderán el viaje al cielo donde permanecerán por mil años para después volver a esta tierra donde vivirán eternamente.

... y lo he experimentado

«Esta voz pronto resonará entre todos los muertos, y cada santo que duerme en Jesús se levantará y abandonará su prisión» (Eventos de los Últimos Días, pág. 280).

«Entre las oscilaciones de la tierra, las llamadas de los relámpagos y el fragor de los truenos, el Hijo de Dios llama a la vida a los santos dormidos. Dirige una mirada a las tumbas de los justos, y levantando luego las manos al cielo, exclama: “¡Despertaos, despertaos, despertaos, los que dormís en el polvo, y levantaos!” Por toda la superficie de la tierra, los muertos oirán esa voz; y los que la oigan vivirán. Y toda la tierra repercutirá bajo las pisadas de la multitud extraordinaria de todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos. De la prisión de la muerte sale revestida de gloria inmortal gritando: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Corintios 15:55). Y los justos vivos unen sus voces a las de los santos resucitados en prolongada y alegre aclamación de victoria» (El Conflicto de los Siglos, 702).

Juan vio a este grupo especial de redimidos: «Y oí el número de los sellados: 144.000 sellados de todas las tribus de Israel» (Apocalipsis 7:4).

Ellos no estaban solos, se hallaban con Jesús, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo: «Miré, y vi al Cordero de pie sobre el monte

DIOS EXISTE...

Sión, y con él 144.000 que tenían el Nombre del Cordero y el nombre de su Padre escrito en sus frentes. Y oí una voz del cielo como el estruendo de muchas aguas, como el estampido de un gran trueno. Sin embargo, era el sonido de arpistas que tañían sus arpas. Cantaban un canto nuevo ante el trono, ante los cuatro seres vivientes y ante los ancianos. Y ninguno podía aprender ese canto sino los 144.000 que fueron redimidos de entre los de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, porque son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron comprados de entre los hombres por primicias para Dios y para el Cordero. Y en sus bocas no se halló engaño, porque son sin mancha» (Apocalipsis 14:1-5).

Los 144.000 escucharemos la voz de Dios anunciando el día y la hora de la venida del Señor y tendremos el privilegio de verlo venir en las nubes de los cielos, rodeado de millones de ángeles. Oiremos la trompeta final y veremos levantarse de las tumbas a los redimidos de todos los tiempos, que serán como la arena del mar, y nosotros los 144.000 diremos: «¡Aleluya!»...

¡Qué maravilloso será ver venir, en la mañana de la resurrección, a nuestro Señor Jesucristo y marcharnos con él a las mansiones celestiales!

Allí no habrá dolor, ni lágrimas, ni clamor, ni enfermedad, ni muerte. Una sociedad justa donde todos viviremos en paz y en plena armonía. ¡Qué bendita esperanza tenemos los cristianos!

El hno. Francisco sonreía ante estas promesas y estuvo muy feliz toda la mañana del santo sábado. Luego por la tarde le di la santa cena y le ungué con aceite.

El hno. quedó tranquilo, no le dolía nada y mostraba un rostro de paz. Cuando su hijo Rafael vino a reemplazarnos, entonces nos fuimos a la casa de la familia del hno. Francisco.

Apenas llegamos a la casa, llegó un aviso de parte del enfermo; todos los hijos debían ir al hospital. También nosotros fuimos y una vez allí, rodeando su cama, el hno. Francisco preguntó: «¿Llegaron todos mis hijos?» A lo que le contestaron que sí.

Al verme a mí me dijo: «Hno. Pizarro, muchas gracias porque me has dado el mensaje y ahora estoy listo para ver a Jesús venir en las nubes de los cielos». Dirigiéndose a todos los reunidos dijo: «Ahora quiero que cantemos el himno: «Aparte del mundo, Señor, me retiro». Cuando terminamos, dijo: «Quiero recitar un versículo de Apocalipsis: «*El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo*» (Apocalipsis 21:7).

DIOS EXISTE...

Después dijo: «Cantemos el himno ‘Roca de la Eternidad’». Una vez se hubo cantado, dio unos consejos a cada uno de sus hijos, también a su esposa. Después dijo: «Cantemos el himno 165, ‘En presencia estar de Cristo’». Cuando íbamos por la parte del coro que dice: «Cara a cara espero verle cuando venga en gloria y luz, cara a cara allá en el cielo, he de ver a mi Jesús», su voz se fue apagando y sus últimas palabras fueron: «...he de ver a mi Jesús».

El doctor del hospital adventista, que le había atendido en su enfermedad, también estaba presente y observaba todo en silencio. De pie y apoyándose en la pared, miraba al hno. Francisco y nos miraba también a nosotros.

Al morir el Hno. Francisco, se acercó a mí y me dijo: «Sr. Pizarro, ¿así mueren los miembros de su iglesia?». Yo le contesté que la mayor parte de los hermanos que he pastoreado, mueren felices, cantando, orando, en completa paz y aconsejando a los que dejan aquí, porque saben que no mueren para siempre, sino que la muerte es como un sueño del que despertarán cuando Dios les llame. El doctor dijo: «He visto morir a muchos adventistas aquí en el hospital, pero no mueren así. Es la primera vez que he visto a una persona con esa paz en su rostro. ¡Cómo me gustaría morir así!».

Por la noche vino a la funeraria el doctor con su esposa; ella contemplaba al hno. «durmiendo» en el ataúd y me dijo: «Mi esposo me ha contado todo lo acontecido, por eso deseaba estar aquí y contemplar el rostro de este señor que murió con tanta paz». Entonces le hablé de la Palabra de Dios, de sus promesas y le ofrecí nuestro curso bíblico: «Conozca su Biblia».

En la persona del hno. Francisco, así como en la de otros muchos queridos hermanos y hermanas, que ya descansan en el Señor, se cumple el versículo de Apocalipsis 14:13: *«Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen»*.

En otra ocasión, cuando trabajaba con mi esposa en Venezuela, conocimos a la hermana Rosita. Ella era del Oriente de Venezuela y cuando se convirtió al Señor, vino a vivir a Caracas, capital del país.

Fue una hna. de buen testimonio, y como no tenía familia, vivió en la casa de la misión. Un día enfermó y un matrimonio de la iglesia se la llevaron a su casa para cuidarla.

La hna. Rosita era muy humilde y consagrada, factor que le hacía sufrir al ver como los de-

DIOS EXISTE...

más se preocupaban tanto por ella: «Queridos hermanos, les dijo al matrimonio, ustedes me cuidan con mucho amor, pero por atenderme a mí no pueden hacer la obra misionera y yo les impido que busquen almas para Cristo. Por favor, oremos para que el Señor me haga dormir, yo ya soy muy mayor».

Los hermanos le contestaron: «Hermana Rosita: nosotros no estamos cansados de ti. Estamos contentos y queremos cuidarte. En cuanto a tu petición, debes poner tu vida en las manos de Dios para que sea hecha su voluntad».

El matrimonio se arrodilló para orar y elevaron la siguiente plegaria: «Señor, nosotros queremos cuidar a la hermana Rosita, pero ella quiere descansar. Deseamos que se haga tu voluntad...» Oraron los dos esposos y por último la hermana Rosita. Y orando se quedó dormida para siempre a los ochenta y cinco años de edad.

Otra hermana de Venezuela, la hermana Petra, tenía más de ochenta años y no poseía familia según la carne. Vivía en una casa de unos hermanos de la fe. La hermana Estefanía de López era la propietaria de la casa y ambas ancianitas compartían la misma habitación. Juntas hacían los cultos, oraban tres veces al día, por la mañana, al medio día y por la noche. Eran muy felices en todo sentido.

Pasó el tiempo y la hermana Estefanía durmió en el Señor. La hermana Petra, pues, quedó con la familia de la hermana Estefanía. También eran de la iglesia y la trataron como a una madre.

Un día, por la mañana, estaban celebrando el culto matutino; le dieron la última oración a la hermana Petra y empezó a orar y hubo un momento en que se quedó en silencio.

La familia, con los ojos cerrados, repetían «amén», «amén», pensaban que estaba llorando y que la congoja, tal vez, no le dejaba articular palabra alguna. Uno de ellos abrió los ojos y la vio con su cabeza inclinada hacia el suelo y en silencio. Rápidamente la llevaron al hospital y el médico les dijo: «La anciana está muerta».

Así durmió para siempre en el Señor la hermana Petra. Ella murió sin ningún sufrimiento, sin dar ningún trabajo a la familia que la cuidaba.

La hermana Petra aguarda en su tumba la esperanza de la resurrección, para viajar al cielo cuando venga nuestro Señor Jesucristo con sus millares de ángeles.

*Experiencia vivida por
Augusto Pizarro
Perú*

DIOS EXISTE...

El hno. Augusto actualmente está pensionado y vive en Trujillo, Perú, su país de origen, con su esposa, hna. Lidia, quien le ha acompañado siempre en todo su ministerio. Aunque está retirado de la obra, sigue colaborando como ministro, dando su apoyo y ayuda espiritual a varias iglesias. Muchas son las experiencias que han podido hacer con el Señor los esposos Pizarro. En este libro aparecen varias, pero por cuestiones de espacio, no se han publicado otras muchas que tienen.

Librado de la cámara de gas

En ocasión de la Segunda Guerra Mundial, uno de nuestros hermanos de Alemania, por cuestiones de conciencia, rehusó trabajar el día de Sábado.

Por este motivo fue considerado por las autoridades alemanas como un judío.

Después de vivir diversas peripecias, nuestro hermano fue enviado a un campo de concentración, donde habían muchos prisioneros judíos que eran llevados a las cámaras de gas donde morían primeramente asfixiados y posteriormente sus cuerpos los quemaban en hornos.

DIOS EXISTE...

El nombre de nuestro hermano era, podríamos decir, profético. Se llamaba «Luft», que significa «aire» en alemán.

Un día llegó su turno de entrar con otros prisioneros en la cámara de gas. El momento era angustioso, pero el hermano Luft no perdió la confianza en Dios. Tenía la certeza de que el Señor lo protegía entre sus manos y si moría en aquel lugar, Dios lo despertaría en el día postero.

En aquel recinto de la muerte, el gas se fue deslizando por cada rincón y cuerpo humano, hasta que todos los prisioneros estuvieron en el suelo. Sus cuerpos sin vida fueron sacados a fuera, pero observaron algo muy extraño; uno de aquellos cuerpos se movía, estaba todavía con vida. Era el hermano Luft.

Las palabras del salmo 91:7, se habían cumplido literalmente en él: *«Caerán mil a tu lado, y diez mil a tu diestra, pero a ti no llegará».*

Los guardias alemanes, sorprendidos por el hecho, dejaron que el hermano fuera al campo, para ver cuánto tiempo sobrevivía.

En su curiosidad también le dieron a comer, siendo esto una gran excepción en un campo de concentración.

El hermano Luft encontró un grifo de agua potable, allí lavó todo su cuerpo para quitar el

... y lo he experimentado

efecto del gas y bebió mucha agua para eliminar las toxinas de su sangre.

Después de varios meses, en los que su vida estuvo pendiente de un hilo, los americanos liberaron a los prisioneros que todavía quedaban vivos en aquel lugar infernal y entre ellos se encontraba nuestro hermano Luft.

Nuestro Señor le concedió, después de este milagro, el privilegio de vivir veinte años más, para que él pudiera contar las bondades del Eterno para con todos sus hijos.

Al igual que otros muchos cristianos que basan su fe en la Palabra de Dios, el hermano Luft había entendido que el séptimo día es el día del Señor, en el cual reposó de todas sus labores en ocasión de la creación. Cada siete días, el cristiano recuerda varias cosas:

a) Que Dios creó esta tierra y todo lo que hay en ella en seis días. «Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo». (Génesis 2:1-2).

Dios trabajó durante seis días. Nosotros también debemos trabajar durante seis días. «Seis días trabajarás, y harás toda tu obra». (Ex. 20:9).

DIOS EXISTE...

El sábado testifica a los hombres de dónde viene la vida. Es el Creador quien nos formó y dio aliento de vida. No venimos de formas primitivas de vida que han ido evolucionando a través de los milenios. Hemos sido creados a su imagen y semejanza de Dios. *«El sábado constituye el monumento de Dios que conmemora su obra creadora, y es una señal que debe mantenerse delante del mundo».* (MS2, 443).

b) Que Dios bendijo el día séptimo. *«Y bendijo Dios al día séptimo...»* (Génesis 2:3). Dios puso su bendición sobre el Sábado, y esto significa que su observancia fiel trae consigo la bendición, tal y como dice en el libro de Isaías: *«Si retrajes del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre; porque la boca de Jehová lo ha hablado.»* (Isa. 58:13-14). *«Dichoso el hombre que hace esto, el hombre que se aferra a ello, que guarda el sábado sin profanarlo, y se guarda de hacer todo mal».* (Isa. 56:2).

c) Que Dios santificó el día séptimo. «... y lo santificó...» (Génesis 2:3). Santificar significa «apartar para uso sagrado». Dios apartó el sábado de entre los demás días de la semana para que sus hijos lo observasen y al reposar, según el mandamiento (Exodo 20:8), se fueran santificando, haciendo cada vez más semejantes a él. *«Tú hablarás a los hijos de Israel, diciendo: En verdad vosotros guardaréis mis días de reposo; porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico. Así que guardaréis el día de reposo, porque santo es a vosotros; el que lo profanare, de cierto morirá; porque cualquiera que hiciere obra alguna en él, aquella persona será cortada de en medio de su pueblo».* (Ex. 31:13-14).

«Para quienes lo santifican, el sábado es una señal de santificación. La verdadera santificación es armonía con Dios, unidad con él en carácter. Se recibe obedeciendo a los principios que son el trasunto de su carácter. Y el sábado es la señal de obediencia. El que obedece de corazón al cuarto mandamiento, obedecerá toda la ley. Queda santificado por la obediencia. El sábado está relacionado con la proclamación del primer mensaje angélico. Por lo tanto está relacionado con nuestro tiempo». (JT3, 17).

DIOS EXISTE...

d) Que Dios reposó en el día séptimo. «... porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación.» (Génesis 2:3). Dios reposó para darnos ejemplo, ya que en ningún modo El se cansa. Dios reposó de toda su obra en el día séptimo. Nosotros debemos reposar en el día de sábado. «Mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas». (Ex. 20:9-10).

«Si el sábado se hubiese observado universalmente, los pensamientos e inclinaciones de los hombres se habrían dirigido hacia el Creador como objeto de reverencia y adoración, y nunca hubiera habido un idólatra, un ateo, o un incrédulo». (El Conflicto de los Siglos, 491).

El sábado no es sólo el día que los cristianos deben observar, sino el sello de Dios. Veamos por qué. Todo monarca tiene su sello donde se indica: a) Su nombre; b) Cargo; c) Territorio. Cuando observamos el sábado, Dios pone su señal sobre nosotros.

El sábado contiene estos tres elementos de forma clara:

Nombre: «Mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios». (Exodo 20:10).

... y lo he experimentado

Cargo: «Porque en seis días hizo Jehová...».
(Exodo 20:11).

Territorio: «... los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay». (Exodo 20:11).

La observancia del sábado, pues, es una señal de sumisión a Dios y el salvoconducto para no recibir las plagas postreras. Cuando observamos el sábado estamos aceptando la obra de los tres mensajes angélicos (leer Apocalipsis 14:6-23).

«En el capítulo 14 del Apocalipsis se exhorta a los hombres a que adoren al Creador, y la profecía expone a la vista una clase de personas que, como resultado del triple mensaje, guardan los mandamientos de Dios. Uno de estos mandamientos señala directamente a Dios como Creador». (Conflicto de los Siglos, 490)

«El gran mensaje que combina los mensajes de los ángeles primero, segundo y tercero, debe ser dado al mundo. Este debiera ser el propósito de nuestra obra. Los que verdaderamente creen en Cristo estarán de acuerdo abiertamente con la ley de Jehová. El sábado es la señal entre Dios y su pueblo, y debemos hacer que sea visible nuestra conformidad con la ley de Dios observando el sábado. El ha de ser la señal de distinción entre el pueblo elegido de Dios y el mundo». (Mensajes Selectos 10, 1900). (CBA7, 961).

DIOS EXISTE...

Para concluir podemos decir que el sábado es un monumento conmemorativo que ha erigido el mismo Dios. Cada vez que reposamos el sábado recordamos: Que Dios es el Creador del mundo y del ser humano. El hecho de que Dios lo hiciese todo es una demostración patente de su gran poder, omnisapiencia y presciencia, ya que no hay nada oculto a su inteligencia y nada que él no pueda hacer. Que el Señor nos ayude, cada vez que llega el sábado, a recordar, al contemplar este monumento conmemorativo, todo lo que Dios ha hecho por nosotros y los beneficios que podemos obtener si respetamos el día sagrado que Dios instituyó. Amén.

*Recopilado por
Claire Alagy
(España)*